

La Era del Amanecer - Dioses y Héroes

Facundo Marino



Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 2

1

La era de los dioses

Una Luna en la Tormenta

La noche se alzaba en los cielos, eran los primeros días de invierno y el frío era abrazador. Muy al norte del mundo antiguo las temperaturas eran un poco más templadas pero esa noche era más fría que ninguna otra en el Ojo de Tormenta, los hijos del viento residían en sus casas refugiándose en las llamas que envolvían a unos maderos ardientes, la ciudad yacía silenciosa. Los burdeles estaban atestados de gente, hacia unos dos soles un grupo de mercaderes habían llegado a la ciudad, no se veían forasteros muy seguido ya que la seguridad era muy estricta pero cada cierto tiempo se dejaba entrar mercadería y con ellos un grupo de treinta o cincuenta cabezas y qué mejor para pasar el frío que el calor de una chimenea y la compañía de una mujer. La cerveza y los cánticos de borrachos iban y venían, en el piso superior se escuchaban ruidos pertenecientes a una pelea, entre gritos amenazantes y empujones uno de los dos que se peleaban rodó por las escaleras y con un golpe seco cayó al piso, no hizo más que tocar el suelo que dos guardias de turno los sacaron del lugar haciéndolo volar por la puerta, el borracho gritó <<son farsantes>> y la puerta se cerró dejando de él solo la estela de sus palabras, los dos guardias estallaron a carcajadas mientras daban media vuelta y miraban a la escalera por donde bajaba el otro agresor.

¡Tú! – dijo unos de los guardias – no quiero verte armar más disturbios o terminaras con tu amigo en el suelo de la calle – esbozo una sonrisa arrogante a su compañero, mientras que el hombre que bajaba por las escaleras llevaba una capucha que ocultaba su rostro, tenía una capa oscura que le llegaba a las rodillas y cubría la totalidad de su torso, se detuvo en el medio de la escalera.

El mismo guardia ahora un poco más irritado volvió a hablarle.

- ¿Qué haces ahí? Baja ahora mismo – al no recibir respuesta puso un pie en la escalera amenazando subir a buscarlo – ¿qué estas sordo, quieres

terminar boca abajo en el piso? ¿eh? ¡Contesta!

El hombre de la escalera levanto la cabeza y en cuanto lo hizo debajo de su capa salió un destello blanco, los guardias se sorprendieron y desenvainaron sus espadas cortas, pero no avanzaron porque el hombre hablo con un susurro tan afilado como una daga.

Ustedes yacerán en el piso.

Y al terminar sus palabras, dos hombres que estaban sentados en una mesa saltaron por detrás de ellos y tomándolos del mentón pasaron sus espadas por las gargantas de los guardias haciendo que estos no tuvieran oportunidad, la madera se llenó de sangre y los cuerpos cayeron inertes salpicando todo al rededor. El bullicio de la taberna se transformó en un grito ahogado, y antes de que alguien pudiera reaccionar todas las luces desaparecieron, todas a la vez, el pánico se esparció en el ambiente y solo las espadas se hicieron sonar junto con la sangre derramada. Toda vida que hacia un segundo rebozaba se apagó como la leña en los braceros.

La puerta se abrió lentamente, de ella se asomó el encapuchado, muy cauteloso miro para ambos lados en busca de algún visitante no deseado, con un movimiento de su mano dio una señal y en un instante salieron veinte encapuchados más a toda velocidad, se treparon por los techos de madera, otros doblaron rápidamente por callejones oscuros mientras que dos de ellos se quedaron en la puerta, prendieron dos antorchas y las agitaron en el aire. En consecuencia a los lejos, en otra taberna que se veía más al sur casi llegando a la Puerta de los Tornados, la entrada de la ciudad, sucedió la misma frecuencia desde las ventanas se vieron las luces apagarse y al cabo de unos minutos, treinta encapuchados salieron sigilosamente dispersándose como las hormigas abandonando su hormiguero, los otros dos apagaron sus antorchas y uno de ellos hizo un ademán con la cabeza y salió corriendo hacia un callejón cercano, mientras que el otro se quedó en la puerta, hasta que un susurro perturbo el silencio.

- El sur está cubierto – dijo una voz semi aguda denotando que la edad no era muy avanzada – tuvimos que reducir a cuatro guardias, pero no fueron un problema – la voz provenía del techo de la taberna.

- Perfecto – dijo el que estaba delante de la puerta, desprendía un fuerte olor a muerte – ¿tuvimos alguna baja?

- Solo uno de los novatos – sonrió irónicamente – el idiota desenfundó antes de que las luces se apagaran – hizo una pausa mirando la nada – el guardia incrustó la espada en su pierna, tuve que encargarme de su objetivo, el maldito ya estaba huyendo, lo intercepté en la puerta, su cabeza no tardó nada en rodar por el piso.

- Bien echo – dijo el otro con seriedad – seguiremos con la misión, ve hacia el norte, al castillo del Ojo, allí neutralicen a los guardias y protejan el perímetro, el señor Osden no quiere ningún altercado, esperen mi señal para entrar al castillo.

Una vez terminada las instrucciones el otro encapuchado asintió y desapareció en la oscuridad, el viento comenzó a agitarse, señal de que el peligro se avecinaba, en un pequeño destello el encapuchado de la puerta desapareció.

La noche se mantenía igual de tranquila que antes, como si nada hubiera perturbado la paz con la sangre de los hijos del viento. En su ciudad había un castillo al norte, centrado en las tres torres, estas eran edificaciones gigantes que terminaban en una extensa terraza de piedra, allí nada parecía imponérsele, su seguridad era impenetrable, había guardias en todos lados, en las torres, por el perímetro del castillo, dentro del mismo y había puestos de vigilancia elevados en las dos esquinas que unían las paredes laterales y las de la puerta. Seis guardias caminaban por fuera de la puerta principal de madera, llevaban cada uno una armadura gris compuesta por un yelmo con un tornado en el centro labrado en plata, unos pantalones y botas de cuero, armados con una lanza en la mano y una espada en la cintura con la empuñadura plateada, patrullaban tranquilamente, en lo que duro un suspiro tres hombres encapuchados cayeron entre medio de ellos, tenían las caras cubiertas, pero se veían sus ojos blancos destellantes.

¡Guerreros de la Luna! – grito uno de los guardias mientras tomaba su lanza con las dos manos y se ponía en posición defensiva.

La espada del encapuchado se estrelló con la lanza y escupió chispas, el guardia contrarresto con una estocada, pero con un salto hacia el costado derecho el guerrero de ojos blancos lo pudo esquivar, cuando sus dos pies tocaron el suelo de nuevo se abalanzó contra el lancero, bajo su espada a

la altura de su cintura y tomo la empuñadura con las dos manos para ganar más velocidad en la arremetida. Al ver esto el guardia estallo en risa.

Te equivocas si crees que ganaras aquí con velocidad

Cuando sus palabras terminaron, clavo su lanza en el piso, saco su espada e hizo un paso, cuando su talón se despegó de la tierra una pequeña nube de polvo salió de él y como si se hubiera teletransportado ya estaba frente a su enemigo con la espada sobre la cabeza para bajarla con todas sus fuerzas, pero, aunque sabía que había sido más rápido que nunca, en su interior sintió que algo andaba mal. Cuando su espada tenía que haber probado la sangre se detuvo al bajar, su enemigo no se había movido ni un centímetro, sintió que su estómago se abría de par en par, el frío del acero se entibiaba con la sangre, pero sus ojos no entendían, en los últimos segundos de razón vio como el encapuchado se dividía en dos, su sombra tomaba forma y se transformaba en otro igual a él. Este había detenido su espada, cayó de espaldas mientras se desvanecía su existencia y de su boca salió un susurro.

¡Son... dos!

Sus ojos se pusieron en blanco y de su boca chorreaba un hilo de sangre. Los demás guardias vieron morir a su compañero y ordenaron la retirada, pero los guerreros de la luna sabían que si dejaban que desplegaran su velocidad serian inalcanzable y darían la voz de alarma, su primera prioridad era evitar la avanzada, aquellos que eran dos pasaron a ser cuatro y arrinconaron a los guardias dejándolos de espaldas al muro de piedra. Atacaron todos a la vez y los otros dos se unieron al combate, las lanzas y las espadas curvadas de los encapuchados escupían chispas cada vez más seguido una de las lanzas se rompió y al momento de desenvainar la espada, el guardia fue separado de su brazo, el otro se defendía como podía de dos que lo atacaban sin darle tregua, y los otros habían abandonado sus lanzas para luchar cuerpo a cuerpo. Uno alcanzo el cuello de un encapuchado dejándolo tumbado contra el piso con la sangre brotándole de la herida, esto hizo que se pusieran de igual número, cinco contra cinco, ya los guardias no estaban acorralados, sino que se desplegaban por todo el lugar y con cada uno un guerrero de la luna en frente, pero ninguno realizó movimiento. El viento se empezó a remolinar, los encapuchados se echaron hacia atrás y guardaron sus

espadas, los guardias desconcertados se miraban entre si hasta que a los lejos divisaron una figura, un encapuchado caminaba lentamente hacia su posición llevaba una capa negra que le cubría la zona del pelo y la boca, unos pantalones de cuero gris y unas sandalias en los pies, los ojos blancos se cruzaron con los de los guardias y uno estallo en cólera.

Malditos vienen a nuestras tierras, matan a nuestros hermanos y creen que pueden caminar como si nada sucediera – escupió en el piso antes de seguir - ino lo puedo permitir!

Y sus palabras anticiparon sus movimientos, levanto el talón y un pequeño remolino de tierra salió de debajo de él y antes de pestañar ya estaba delante del encapuchado de negro con su espada en la mano y le propinó un corte por la izquierda a la altura del cuello, el guerrero de ojos blancos, tranquilo tomo la empuñadura de la espada la desenvaino y la envaino, sin que la hoja saliera y siguió caminando. El guardia quedo de espaldas a la espalda de su enemigo, no pudo girar, su espada tampoco estaba en su mano, cayo de rodillas al suelo y su cabeza choco con la tierra, tenía un tajo en la pierna, en el pecho y uno en el cuello, la sangre regó la tierra seca y no hubo ni una mueca, ni una palabra del encapuchado negro, él solo siguió caminando hacia sus compañeros. Los guardias maldijeron, no querían asombrarse de su enemigo iban a ocultar ese sentimiento, pero no podían negar que lo sentían, atacaron todos a la vez y su velocidad fue sorprendente, los cuatro eran muy rápidos llegaron casi volando y lo rodearon, allí fue cuando detuvo su marcha, demasiados cautelosos, los hijos del viento no atacaron hasta recibir respuestas del enemigo cuando este tomo de la misma manera la empuñadura de su espada circular, todos reaccionaron a la vez de todos los puntos, adelante, atrás, izquierda y derecha. Para alguien normal calcular los tiempos de cada uno de los cuatro sería imposible pero él lo hizo, primero se encargó del de su derecha con un movimiento de cintura giro y con su mano paro el rostro del guardia e impulsándolo hacia delante lo acostó de espaldas al suelo, al instante giro sobre su pie de apoyo y salto, los guardias lo siguieron con la espada en mano y cuando ninguno lo espero bajo a toda velocidad, solo se escuchó el “crack” de la empuñadura chocando con su funda pero otra vez la espada no salió, cayeron como hojas en pleno invierno, inertes, sin vida.

Sus pies tocaron el suelo y siguió caminando, la capucha ya no le cubría la cabeza y dejaba al descubierto su pelo gris todo despeinado, llego a donde estaban sus compañeros y todos hincaron una rodilla en el suelo y dijeron al unísono.

¡Capitán Shaasick!

Este hizo un gesto con la mano en señal de que se levantaran, todos hicieron caso y su voz resonó en la oscuridad.

Guerreros de la Luna, han luchado bien – hizo una sonrisa casi imperceptible – tenemos que entrar al castillo y llegar hasta la Puerta del Viento, las ordenes de nuestro señor son claras, no debemos irrumpir, solo despejar el perímetro para el señor Osden - Todos escuchaban en silencio, el respeto se sentía en el aire – no podemos fallar solo tenemos una oportunidad, si la desperdiciamos, el viento desintegrara nuestros huesos. No se dejen ver, tenemos que ser uno con la oscuridad, lo de recién fue un gran error – dijo enojado mientras empezaba avanzar, patió a uno de los guardias que se encontraba muerto en el piso – La puerta principal está asegurada, quiero que tres se queden aquí y dos me acompañen hacia el interior, los que se queden esperen la señal para entrar, una vez que nos apoderemos de los puestos de vigilancia se lo haremos saber.

Todos asintieron con la cabeza, dos de los Guerreros de la Luna junto con Shaasick desaparecieron en la noche, mientras que los otros tres borraban la evidencia de que allí había habido una batalla, ocultaron los cuerpos, los de los guardias los apilaron y el cadáver de su hermano muerto lo sentaron apoyándolo contra la pared y con un movimiento preciso de sus manos le quitaron los ojos así como hacían con todos los muertos de su clan de la luna, luego de pasar por su ritual se fundieron en la noche, mientras que ahí parecía que no había sucedido nada.

El castillo era un río de sangre, los hijos del viento caían uno a uno ante ser sorprendidos con espadas curvas en sus cuellos por los guerreros de los ojos blancos, la parte inferior del castillo incluidos los puestos de vigilancia, habían sido conquistados, los extensos pasillos del castillo lleno de estandartes en las paredes recuadros de rostros irreconocibles, tornados labrados y allí al fondo de un pasillo angosto, una puerta roja, roja como la sangre, como la rosa, como el segundo sol que se divisaba cada quince largos años, una puerta gigantesca para cualquier hombre común, una puerta que significaba el desenlace y el principio de otra historia y frente a ella el capitán Shaasick con cinco de sus guerreros de la

luna, comenzó a hablar.

Hemos llegado. – hizo una pausa y miro a sus compañeros – solo debemos...

Y antes de que pudiera seguir hablando, la puerta se abrió, el ruido crepitante de la madera hizo retroceder a todos menos a Shaasick que extrañadamente estaba hincado en su rodilla derecha en forma de reverencia. El Dios de la Oscuridad, el Señor de las Nueve Lunas, el Destajador, el Dios sin Rostro y muchos otros apodos le habían otorgado al señor Osden quien dejo ver solo su túnica violeta mientras la puerta volvía a cerrarse dejando a sus seguidores del otro lado de la habitación.

Un salón totalmente de roca maciza adornado con piedras preciosas, el techo en forma de cúpula llevaba pinturas de colores vivos, animales, humanos y los dioses plasmados en un lienzo por un simple pincel, al final de la habitación, un trono de acero, en sus apoya brazos salían dos cabezas, una de león y la otra de una gacelapantera, y sentado sobre él, el Dios más veloz de todos, Theryan, el primero de los siete dioses, quien al ver a su hermano menor dijo con gracia.

Curioso ¿verdad? – decía mientras admiraba la sala como si fuera la primera vez que estaba allí – cómo los humanos creen que este sitio es de un gran valor... ¿y qué es esto hermano menor? - le pregunto a Osden con una sonrisa burlona - piedra, es piedra hermanito - soltó una carcajada tonta que resonó en todo el lugar y se incorporó del trono, era flaco y de piernas largas aunque no muy alto, tenía una cabellera marrón claro y adornada con una pequeña tiara con un rubí en el medio, su cara era larga y afilada, sus orejas terminaban en punta y sus ojos eran de un celeste profundo como el cielo, llevaba una túnica marrón oscuro y debajo su torso desnudo, hizo dos pasos y siguió hablando.

- Pero ellos insisten en que los usemos, ¿y cómo decirle que no a esos pequeños animales con sentimientos? Padre estaría decepcionado al ver en que se convirtieron sus creaciones. Ahora dime hermano, ¿qué te hizo cruzar mis tornados, matar a mi gente e irrumpir mi cena?

Osden miraba fijamente a Theryan, inmóvil, llevaba una túnica larga hasta los pies con bordados dorados, un pelo negro y largo hasta la cintura y su rostro oculto tras una máscara blanca que solo dejaba ver sus ojos que hacían juego con su túnica, en su espalda una guadaña atada a una correa que le recorría el pecho y envolvía el arma

Solo vengo hablar - la voz era grave, calma y profunda, se sentía como si acariciara el alma.

Pues aquí me tienes, habla antes de que te corte esa mascara tonta que tienes - y entre carcajadas Theryan que estaba en frente de Osdén ahora con un dedo acariciaba desde su espalda la máscara blanca.

¡Te confundes de hermano! - dijo el Dios sin Rostro mientras tomaba de su espalda la guadaña y la arrojaba contra una cortina de seda roja que había detrás del trono, cuando la corto dejó al descubierto a una figura alta de cabellera dorada, con facciones talladas y delicadas, tenía los ojos verdes claros y vestía una camisola blanca de seda con un pantalón de cuero negro, su sonrisa era tan delicada y cálida que enternecía al mirarla.

No hacía falta cortar tan bellísimas cortinas, solo bastaba con decir mi nombre, mi querido hermano menor - su voz también tranquila, recordaba a la brisa que agita el pasto de las praderas en una tarde de primavera - Dime ¿qué te trae a nuestra pequeña reunión?

Osdén sin alterarse en lo más mínimo extendió su mano y su guadaña volvió a su dueño, la colocó nuevamente en su espalda, de haber estado Theryan ahí lo hubiera cortado a la mitad, pero este ya estaba al lado de su otro hermano.

Lamento interrumpir, pero no podía perderme una reunión a la luz de la luna, hermano Rhidan - bromeo, pero su tono de voz no parecía hacerlo. ¡Perfecto, perfecto! - Dijo este con una sonrisa tonta - entonces ¡ya estamos todos! - abrió los brazos en señal de recibimiento - Cuatro de los hermanos unidos, ¡este momento merece del mejor vino de los humanos! ¿Cuatro? - preguntó Osdén confuso, pero vio que en la ventana se posaba una híbrida, su hermana, Meria.

El viento, el cielo y la tierra - dijo irónicamente dejando escapar un bufido - debí de suponerlo.

Pues supones muy bien, hermano, como puedes ver, los tiempos están cambiando, ya no podemos permitir que las cosas sigan así...

De lo que paso en esa habitación solo quedan suposiciones, mitos e historias que pasaron a través del tiempo, lo concreto es que esa noche estallo la guerra.

El castillo de la luz fue profanado, todos los magos que habitaban en él fueron masacrados y con ellos todos sus conocimientos, aquellos asesinos eran encapuchados de ojos blancos. Se dice que bastaron de 40 cabezas para exterminar a todos, el castillo apago su luz, y se convirtió en cenizas, de Luri la Diosa de la Luz no se encontraron rastros hasta hoy en día. Los guerreros de la luna fueron nombrados traidores y perseguidos hasta la muerte. Pero esa es la historia de nuestra historia, la que empezamos a contar cuando otra termina, cien años después cuando las guerras cesaron y los héroes solo aparecían en las canciones e historias, todos llamaban a este tiempo la Era del Amanecer, ahí reinaba la paz, las ciudades eran otras y sus líderes también, pero el comienzo de otra historia empieza en el pueblo de Wash, situado al sur de la ciudad más grande, donde reina un solo rey.

Capítulo 3

2

La era del amanecer

Un nuevo día

Las tierras yacían tranquilas, las guerras habían cesado y el nuevo comienzo prometía una vida pacífica, los clanes, en su mayoría, perdidos, familias dispersas, los nombres de nobles olvidados, todo volvió a comenzar, después de cien años de la denominada Guerra de los Dioses, nadie volvió a ver a un dios. Los pueblos y las ciudades volvieron a ser creados, las leyes pasaron a ser otras, quien reinaba se elegía en la corte, mayormente el más capacitado, hacia casi cuarenta años que se había decidido así.

Pero nuestra historia comienza en el pueblo de Wash, un pueblo pequeño, de paso, donde muchos mercaderes y mercenarios paraban antes de llegar a La Gran Ciudad, era un pueblo precario dentro de todo, sus casas eran de madera en su totalidad y disponía de una sola taberna que también hacía de refugio, por las noches estaban abarrotadas, pero a penas el sol mostraba su rostro ya se había vaciado para recibir a otros huéspedes con la nueva luna. En esta taberna llamada, El Paso, trabajaba un joven de no más de quince primaveras, era un poco más bajo que los muchachos de su edad y a veces lo molestaban por eso, pero él hacía caso omiso de las burlas, tenía una cabellera oscura y siempre estaba despeinada, sus ojos color avellana le daban a su rostro una humildad aún más grande, enérgico y apasionado, un soñador eterno...

- ¡Hey tú! - grito un hombre barbudo con unos ropajes llenos de tierra del camino, se sentó en la barra - ¿Acaso tengo que esperar al sol rojo para ser atendido?

El muchacho que estaba detrás de la barra cayó de sus pensamientos y se incorporó en la realidad, rápidamente pidió disculpas y le sirvió una jarra de vino espumante al recién llegado, limpio la mesada de madera con un trapo y de la cocina lo llamaron enérgicamente.

¡Orion ven aquí! - dijo la voz de una mujer.
Si, ya voy - contesto el muchacho rápidamente mientras dejaba el trapo y caminaba hacia la cocina - aquí estoy señora.
Pues más vale que te apures, lleva eso a la mesa de allí y rápido - le alcanzo dos cuencos llenos de un guiso indescifrable pero su aroma era exquisito, los tazones de madera se le resbalaban de los dedos regordetes, era una señora de muchas primaveras vividas, llevaba el pelo rojizo y con rulos abultados, era corpulenta, todos allí sabían que era la dueña de la taberna.
En seguida Mary - las palabras del muchacho se atropellaban al salir.

Tomo los guisos y los llevo hacia la mesa que estaba cerca de los leños en llamas, en ella había tres hombres que llevaban capas de viaje negras manchadas con la tierra de las rutas del este, donde ahí los suelos eran de una tierra seca rojiza y la vida no era abundante, solo se veían los cuervos rondando por la zona. Se dice que ahí se libró uno de los combates más sangrientos en la era de los Héroes lo llamaban "El camino de sangre" por el color de la tierra. Desde el pueblo de Wash hasta el otro lado del camino, había un pueblo pesquero llamado Ridon, de allí provenían, mientras Orion se acercaba estos mantenían una charla enérgica.

Y los malditos arremetieron contra la carga de los mercaderes de Ridon - dijo uno de ellos mientras bebía un trago largo de vino - ni siquiera les importo que era la carga del rey, había una docena de guardias reales y todos terminaron derribados.
¿Mataron a doce guardias reales tan cerca de la Gran Ciudad? - asombrado pregunto el que estaba sentado a la derecha del que hablaba, a diferencia de los demás este llevaba un parche en el ojo izquierdo. Eso es lo extraño - lleno de misterio sus palabras - ninguno tenía una herida más grande que la de un golpe o un rasguño en la cara itodos estaban inconscientes!
Bastardos - escupió el otro sentado en la mesa - ¡Bastardos arrogantes burlarse así del rey debajo de sus narices, esos malditos traidores de Ojos Blancos!

Los murmullos se expandieron en la taberna, las palabras habían llegado hasta el último rincón del lugar y nadie se animaba a levantar la voz, haciendo caso omiso, Orion se acercó hacia la mesa y deposito los cuencos delante de los tres viajeros.

El rey debería dejar que los Héroes lo ayudaran - dijo el joven con toda la inocencia que le daba su edad.

Los tres viajeros se miraron unos a los otros y estallaron en carcajadas, hasta que el del parche hizo fuerza para tomar aire y le dijo entre risas.

¿Los héroes? - Pregunto irónicamente - ¿esas cosas viejas? Muchacho el rey no se alía con rebeldes e incivilizados manejados por un código de honor antiguo, además en esta Era, debemos hasta agradecer poder llevar una espada en la cintura - se tomó la empuñadura de la espada y se la mostró al joven.

Pero - replico Orion - ellos son extremadamente fuertes y acabarían con todos los males! Yo quiero formar parte de la hermandad.

Sus palabras acompañaron al silencio los tres se quedaron con el ceño fruncido mirando al joven parado delante de sus narices hasta que uno le dijo en un susurro.

Deberías cuidar tus palabras, joven, pues podrían traerte muchos problemas, si te escuchara algún guardia real o si tu suerte no te acompaña, alguno de las Siete Espadas del Rey podría dejar tu cabeza al sol pudriéndose en la eternidad.

Yo no tengo miedo - dijo Orion aireado - ni a los Ojos Blancos, ni a los Siete ni a nadie que se interponga en mi camino.

Con su mano derecha hizo movimientos como si tuviera una espada, cuando giro choco con una mesa y cayo junto a todo lo que había encima de ella, todos estallaron en carcajadas y Mary lo reprendía de la cocina, Orion avergonzado se incorporó y limpio su ropa de la comida y liquido derramado, les dio una mirada desafiante a los tres viajeros.

Mantén ese espíritu muchacho - dijo el del parche entre risas - llegarás muy lejos, si no tropiezas con una mesa.

Todos volvieron a reírse descontroladamente, Orion salió indignado de la taberna, tiro su delantal al piso y empezó a caminar sin mirar atrás, hizo caso omiso de los gritos de Mary y acelero el paso. Recorrió el mercado, donde los vendedores alzaban sus voces para promocionar su mercadería, "pescado fresco de Ridon", "higos ardientes de la Ciudad del fuego", "carne tierna de jabalí del rayo" pero la voz a la cual Orion siempre acudía era a la de "Espadas, armaduras, corazas y yelmos" le encantaba visitar la herrería se quedaba horas mirando como forjar una espada, o las que estaban colgadas sobre unos ganchos para venderse, le gustaba una en especial, una con el pomo dorado y grabado, en la empuñadura un dragón negro, era una espada mediana con una hoja brillante como la luna pero por más que lo intentaba jamás lograba juntar el dinero necesario, 30 monedas de oro, que meta imposible le resultaba, a veces emocionado y otras un tanto decepcionado se iba de la herrería a practicar con una espada de madera que el mismo había tallado, su lugar de entrenamiento era un árbol en las afueras de Wash, cerca de la entrada del sur había un pequeño bosque, a veces iba solo, otras iba con su compañero de práctica, Joud, era el hijo del panadero del pueblo, tenía la misma edad que Orion, pero tenía menos destreza con la espada, muchas veces en las que entrenaban Joud terminaba en el piso abatido por Orion, una vez estuvo a punto de vencerlo, pero una rapidez de piernas impidió que asestara su golpe y la espada enemiga impacto en su espalda haciéndolo caer de bruces al suelo. Esta vez no había compañero, solo el fuerte tronco de un árbol que dejaba ver una mancha más clara donde antes estaba la corteza que los espadazos lograron sacar, la bronca de aquellas risas lo hacían enfadar aún más y hacían que sus golpes fueran más fuertes pero menos certeros, tenía una gran habilidad con la espada, realizaba combinaciones de golpes mortales, que de ser una armadura ya estaría muy abollada, el sudor le recorría la frente y los ojos ardían en furia hasta que una voz amiga lo hizo detener el golpe que estaba a punto de dar.

¡Orion! ¡Orion! - gritaba Joud mientras corría entre las ramas de los árboles - ¡Orion tengo noticias de la Gran Ciudad!

Llego al fin a donde estaba Orion muy agitado intento encontrar aire para poder continuar.

- Tranquilízate y respira - le dijo Orion entre risas, el aspecto que tenía su amigo era muy gracioso. Después de un largo respiro Joud con una sonrisa gigante y con las palabras envueltas en una inmensa emoción le

contó todo a Orio

- ¡En la Gran Ciudad van a organizar un torneo! Un torneo cuerpo a cuerpo, el ganador ganara 50 monedas de oro o un premio especial - se notaba un poco confuso - o por lo menos eso era lo que decía unos viajeros en los establos que se dirigían hacia allí.

- ¿cincuenta monedas de oro?- pregunto Orion atónito, era perfecto era lo que necesitaba con esa cantidad de dinero podía cumplir su sueño o por lo menos uno de ellos, conseguir la espada del dragón negro tallado, pero ese solo era el principio.

Su boca se transformó en sonrisa y la ira de sus ojos se convirtió en convicción, y ahora las estocadas silbaban para mejorar, las palabras de Joud se perdía entre el choque de madera con madera, estaba sumergido en sus pensamientos, ganar era lo único que quería, ganar y dar un paso adelante, ganar y ser reconocido por la Gran Ciudad, ganar y...

- El único problema es que hay que ser de buena cuna - decía Joud con un tono de tristeza quien pronuncio eso como sus últimas palabras.

Fueron dagas para sus oídos, sabía que todo era demasiado bueno para ser real, no ser de una buena cuna lo dejaba afuera de todo, era lo que más le molestaba en el mundo, él no tenía ni padre ni madre, no los conoció, ni sabe siquiera sus nombre, lo único que siempre le había dicho Mary es que "una noche por el lago oscuro lo encontró en la orilla, y a su alrededor manchones de sangre que se perdían en la oscuridad", desde ese día ella lo había cuidado como a su propio hijo y él la había amado como a su propia madre.

Volvieron cabizbajos pasaron entre las ramas de los árboles y los pequeños animales que cazaban y se refugiaban, de vez en cuando intercambiaban palabras y a veces se reían, hasta llegar al pueblo allí se separaron, la luna empezaba a salir y el sol se ocultaba del otro extremo, caminando lentamente, Orion empezó a acercarse a la taberna "El Paso", en la puerta Mary lo esperaba como siempre que se retrasaba al volver, esto siempre le molestaba a Orion porque se sentía un niño, pero esta vez se alegró de verla en la puerta, lo abrazo como si hacia lunas que no lo veía y él le devolvió el abrazo con la misma intensidad. Subió a su cama luego de cenar unas liebres de patas verdes, las cuales había devorado, mientras cenaba le contó a Mary sobre el torneo y esta se había mantenido callada y pensativa, ya en su cama su mente proyectaba el torneo, lo plasmaba en la arena con una armadura de plata brillante luchando con un enemigo al cual derrotaba, imaginaba la gente victoreándolo, a la espada del dragón grabado, Mary recibéndolo muy

orgullosa, un camino interminable, el viento acariciando la hierba, una montaña, las nubes, el pico, y una habitación en negro, se había quedado dormido.

La mañana se colaba en todas las ventanas, el sol chorreaba hilos de luz y anunciaba el comienzo de un nuevo día, el pueblo se levantaba y los fantasmas se ocultaban recitaban las viejas en sus refranes, el tiempo nunca se detenía ni en una punta ni en la otra del mundo. Orion se levantó de su cama somnoliento, las luces de la mañana se le resbalaba por los ojos, luego de unos segundos para acostumbrarse a la luz, se incorporó y se sentó en el borde de su cama, cuando estuvo lo suficientemente despierto se levantó y estiro todo su cuerpo para quitarse las contracturas de una larga noche de sueño, cuando terminó, miro hacia la ventana y a lo lejos se veía como nubes de polvo se dirigían hacia la Gran Ciudad, "debe ser por el torneo" se dijo a sí mismo, dejo escapar un bufido y resignado fue hasta la puerta de su pequeña habitación de madera cuando la abrió se encontró con Mary, los cachetes regordetes se alzaban y dejaban ver una gigante sonrisa, llevaba un delantal color crema y debajo un vestido amplio blanco con unas pequeñas manchas de la cocina, en sus manos tenía un pastel pequeño pero delicioso ya por su vistosa imagen, Orion miro el pastel y la miro a ella, como pudo haberse olvidado.

- Feliz decimosexto nacimiento - dijo Mary alegremente, dejo el pastel en una mesa de madera y lo abrazo tan fuerte que Orion sintió como si las costillas le fueran a explotar.

- Muchas gracias - dijo desganado.

- Ay, ay, mi pequeño niño, digo mi muchacho, sabes cuánto odio eso de las espadas, los combates y las cosas peligrosas - agito la cabeza en forma negativa - si dependiera de mí, te quedarías toda la vida en "El Paso" pero quien soy para matar tus sueños y no dejarte volar como un ave de fuego en busca de su cielo azul, sé que algún día serás un Héroe y defenderás a los débiles.

A Mary se le callo una lágrima, pero rápidamente la seco con el delantal para que Orion no la vea, metió su mano en el bolsillo y cuando volvió a salir traía consigo una pequeña bolsa atada con un hilo negro.

- Toma - extendió su mano con la bolsa, le tomo la mano y la cerro alrededor de ella - todo sueño empieza con un primer paso, espero que

esto te ayude a darlo - empezó a sollozar, pero se detuvo y lo disfrazo por una sonrisa. - ahora cámbiate y ven ayudarme a abajo, el pueblo esta atestado de gente, este tornero está trayendo a señores de cada rincón del mundo.

Se dio media vuelta y se fue con paso enérgico, Orion desató la bolsa con una velocidad digna de la intriga, la abrió y eran unas 30 monedas de oro, brillaban una por encima de la otra. Sabía lo que significaba, la espada del dragón grabado, pero esta tenía otro mensaje, ve y gana el torneo, esto le había dicho Mary sin decir palabra... ¿cómo iba hacer para participar si él no era de buena cuna? Después lo resolvería, tenía que dar el primer paso y el empujón se lo acababan de dar.

Bajo las escaleras a toda prisa, fue hasta la cocina de la taberna y se detuvo en seco en la puerta, Mary estaba ahí cocinando enérgica.

- Gracias, mamá.

Fueron las mejores palabras que había escuchado en su vida, Orion nunca la había llamado mamá.

- De nada hijo.

Y dejó escapar todas las lágrimas esta vez, el muchacho le regalo la sonrisa más radiante y salió corriendo de la taberna, cruzo el mercado esquivando el tumulto de gente, todos los cánticos resonaban, pero Orion siguió el sonido en el viento, aquel que recorría todos los días, pero esta vez no solo para mirar.

Luego de darle la bolsa llena de monedas de oro y que el herrero un viejo cojo que olía a metal, sus manos reseca parecían dos lijas, tenía todo el pelo enmarañado, mordió una y cada una de las monedas para corroborar que eran auténticas.

- Ahora si muchacho estamos haciendo negocios.

Se alejo de la forja en la cual estaba trabajando y con unas señas con la mano lo llevo donde estaban todas las espadas colgadas, tomo una vara larga con la cual las descolgaba y sin esperar que Orion le diga fue hacia la espada del dragón grabado.

- Te he visto muchas veces aquí fuera observándola, de alguna forma

sabía que ibas a venir por ella, pero no pensé que tan pronto - llegó a las manos del herrero y el filo destellaba - es acero de Lyn - dijo con una sonrisa desagradable casi parecía desfigurada de su rostro - y se dice que el Dragón Negro fue quien dio su fuego para ser forjada.

- Dragón Negro - dijo Orion sin sacarle los ojos de encima no podía creer que al fin estaría en sus manos, las extendió y el herrero la depositó en sus manos, la tomó con su mano derecha y la blandió por el aire.

- Dragon Negro es un buen nombre para una espada - le dijo entre toses - ¡no te olvides de su funda y cinturón muchacho!

Le entregó una funda color marrón con el mismo dragón grabado en negro, Orion la tomó y se la abrochó a la cintura, la enfundó y se sintió completo. Salió de la herrería y sentía que todas las miradas estaban puestas en su espada, "Dragon Negro" él también había pensado que era un gran nombre.

Fue directo a "El Paso" debía mostrarle a Mary, pronto debería partir si quería alcanzar el carromato que llevaba cosechas a la Gran Ciudad, si la perdía, no habría forma de llegar hasta 5 lunas después y el tornero era dentro de dos lunas. Llegó y la taberna estaba atestada de gente, no había lugar para caminar dentro, las bebidas iban y venían de las mesas, llegaban llenas y se iban completamente secas. Al entrar, muchos de los que estaban miraron a Orion desafiante, al parecer, un arma tan ostentosa como la suya no era bien vista entre los que portaban espadas. Se abrió paso entre la gente y llegó a la cocina, allí estaba Mary, iba y venía entre las mesas, preparaba un plato, lo pasaba y comenzaba con otro, daba órdenes a sus ayudantes, dos mujeres de una mediana edad que habían trabajado toda la vida con Mary ella las quería como hermanas y Orion las llamaba tías siempre que estaban allí, cuando Mary giró para agarrar un frasco lo vio ahí parado, con su cinturón y su espada, "todo un hombre" pensó antes de sonreírle.

- Feliz día del nacimiento - le dijo una de sus tías, que llevaba el pelo lacio y negro que le caía sobre los hombros.

- Feliz día del nacimiento Ori - dijo enseguida su otra tía con una risita tonta - parece que alguien se prepara para un tornero - persistió con su risita y le tomó la espada para verla sin quitársela, miró a Mary y esta le

hizo una negación con la cabeza y dio un bufido de resignación junto con una sonrisa.

- No hay nada que hacer Celi, los hombres están hechos para luchar, está en su sangre.

Mary tomo el plato que preparaba y lo llevo hacia afuera al pasar por al lado de Orion le dio un beso en la mejilla.

- Y tu ve a juntar tus cosas que tienes que salir con Jary antes del anochecer sino tendrás que ir encima de un perro a la Gran Ciudad.

Salió de la habitación con una sonrisa aguda, era verdad tenía que alistarse rápido, subió a buscar sus cosas tomo una manta y guardo su espada y algunas prendas de tela lo enrolló y se la llevó al hombro, tenía pensado en la tarde ir a mostrarle a Joud a Dragon Negro y practicar por última vez antes del torneo, antes de que termine su día de nacimiento estaría viajando a la Gran Ciudad.

Quince monedas de cobre le habían costado viajar atrás del carromato con todas las verduras de la cosecha, Jary el mercader, era un hombre gordo y pequeño, el pelo lo había abandonado a temprana edad y en su lugar tenía una calva brillante, llevaba siempre ropas brillantes de seda, él decía que el comprador tenía que mirar primero al vendedor y luego su mercadería, por eso debía vestir brillante y elegante. Ya hacía varias horas que se habían ido de Wash habían dejado atrás a todos que habían ido a despedir a Orion, Joud, Celi y Leri, sus tías y Mary quien le había pedido que se cuidara muchísimo, a cada segundo se lo recordaba, le lleno la cara de besos y lo despidió entre sollozos y lágrimas. ¿Qué le esperaba en la Gran Ciudad? Hacia muchísimos años que no iba ahí, una vez cuando apenas tenía tres o cuatro primaveras cuando reinaba otro rey, Mary lo había llevado, recordaba que era una ciudad gigante todo el tiempo en movimiento, ni la oscuridad de la noche hacia que la gente se detenga, iban y venían, solo ellos sabían dónde se dirigían, los guardias del rey pasaban en filas de 6 todo el tiempo custodiando que nadie quebrante las leyes, las cuales, eran muy diferentes a la de otros lugares, o por lo menos eso había escuchado.

Capítulo 4

3

La era del amanecer

La Gran Ciudad

Al llegar a la Gran Ciudad, Orion dormía entre los costales de verdura, el camino había sido largo y tedioso, el señor Jary había disminuido la velocidad al encontrarse con grandes señores a caballo, caravanas de hombres armados con armadura que protegían gigantes carretas con estandartes, señores del sur, del norte, del este y el oeste, el torneo había traído a muchos guerreros de buena cuna, como todos los torneos organizados por el mismísimo Rey, William el Demoledor de piedra, se había ganado ese nombre el día de su pronunciamiento, cuando lo declararon Rey llevaba una maza gigantesca que lo doblaba en altura, un hombre robusto, dos hombres bastaban para medir su grosor de espalda, su pelo marrón desmechado y disparejo, sus cejas gruesas sobre sus ojos negros como la brea demostraban una ferocidad increíble, y los rasgos de su rostro eran cuadrados y duros. Cuando lo coronaron en la puerta del castillo real tomo su maza y destruyó una columna que sostenía un pequeño toldo de piedra.

- Quien se atreva a desobedecer a las leyes del rey, terminara debajo de esta maza, así como está obsoleta columna.

Esas fueron las primeras palabras de un Rey, al cual todos temían por su falta de piedad, aquel que cometía algún tipo de crimen era ajusticiado por el mismo, muchas veces en la plaza de la ciudad se habían ejecutado a violadores y asesinos por la "maza del rey" o por lo menos eso era lo que se escuchaba en el pueblo de Wash por los mercaderes que volvían de negocios o encargos en la Gran Ciudad.

El amanecer empezaba a aclarar los cielos y los primeros rayos de sol dieron en la cara de Orion, que lo forzaron abrir los ojos, se los refregó con el puño de su mano y como si hubiera caído en cuenta de todo, se levantó como un rayo y se agarró de los bordes de la carreta que se agitaba con el traqueteo de las ruedas contra la roca del piso, levanto la cabeza y vio sobre ella un arco de piedra gigantesco que desembocaba en dos muros que rodeaba toda la ciudad, dejo escapar un ruido de asombro y se volvió a sentar, acomodo todas sus cosas incluso a Dragon Negro quien se lo ato con su cinturón. Contemplo todo su alrededor, era una ciudad ruidosa, la gente iba y venía, tenía suerte si encontraba a alguien

tranquilo, sentado, sin hacer nada, las casas eran todas de piedra, grandes y ostentosas construcciones que albergaban a mucha gente o se utilizaban como establos, en cada rincón de la ciudad había un mercado, grande o chico, pero era el centro de la comercialización, se podían encontrar cosas exóticas de países muy lejanos mas allá de Aguas Negras o del Valle del Fuego, Orion estaba estupefacto era mucho más de lo que recordaba de chico, no podía creerlo miraba para todos lados asombrado hasta que la voz del Jary lo devolvió a la realidad.

- Muchacho hasta aquí puedo llevarte, la plaza principal está un poco más al norte, la verás antes de llegar al castillo.

Mientras hacía ademanes señalándole las direcciones se iba metiendo por una calle angosta donde a lo lejos se divisaba un pequeño mercado con mucha gente amontonada, Orion se preguntó cómo iba hacer para ingresar ahí con su carromato, pero ya no era su problema. Con su muda de ropa y su espada en la cintura empezó a caminar lentamente por esa inmensa ciudad, llevaba una camisola blanca y unos pantalones marrones de cuero, tenía la cara manchada de negro por las papas del señor Jary, con solo mirarlo, uno se daba cuenta que era un pueblerino. Se dirigió hacia la plaza principal de la ciudad, luego de preguntarle a muchas personas, las cuales algunos lo habían ubicado y otros al verlo, aceleraban el paso como si tuviera alguna peste, pero al fin la había encontrado, era muy amplia en forma de circulo, en su perímetro había puestos de madera lleno de gente queriendo comprar mercancías, en el centro, se imponía una gran estatua, a Orion le llamo muchísimo la atención y se acercó a donde estaba, la miro de arriba hacia abajo y se encontró con un ser hermoso hasta en la piedra tallada, tenía un grabado en la tarima, Orion se acercó aún más para leerlo, decía: "Rhidan, dios de las bestias, restaurador de la paz" la contemplo por un instante más hasta que unos gritos de victoria lo distrajeron, busco con la vista de donde provenían y vio a un grupo de gente agrupada que hacia una especie de circulo, Orion se acercó y se escabullo entre la gente para ver de qué se trataba, en el centro, había dos hombres, uno tenía un mandoble en las manos con una pequeña coraza en el pecho, era tan grande como una montaña y combatía contra otro con una espada larga y fina, llevaba una misma coraza y se movía de un lado a otro, ambos hicieron chocar las espadas, una, dos y hasta tres veces seguidas, el mandoble paso por encima de la cabeza del otro mientras este se agachaba, cuando su espada larga estaba por llegar al estómago, el mandoble cayo de punta en el medio de la espada haciéndola quebrarse, el agresor, le dio una patada en la boca al recién despojado de su arma haciéndolo caer de espaldas al piso, su enemigo hizo silbar el mandoble por los aires y estuvo a punto de bajarlo pero su oponente se rindió con un grito falto de aire, ahora un grito unánime de victoria se levantó entre la gente, Orion aplaudía con la misma intensidad que cualquiera que estuviera ahí, le encantaban los

enfrentamientos con espadas pero nunca veía ninguno de acero contra acero, no estaba permitido en ninguna ciudad o pueblo pero por lo visto en la Gran Ciudad sí.

- ¿Quién se atreve a enfrentar al grandioso Heldor? Vasallo del señor Ripel Fause hijo de Kal Fause señor de Gisa la muralla del este.

Dijo el del mandoble con una voz tan grave como de ultratumba, al terminar miro hacia todo el público que se hacia el indiferente a lo que estaba pasando, Orion se adelantó solo un paso para ver si nadie respondía, entonces pregunto con inocencia

- ¿Y cuál es la recompensa por derrotarte?

Todos rieron tímidamente, pero Heldor hizo una risa tan fuerte que abrió su boca muy grande.

- Eres audaz, me gusta eso de las hormigas - se agacho para ponerse cara a cara - si me vences, tendrás diez monedas de oro ¿qué te parece?

- Perfecto - replicó Orion con una sonrisa.

Dejo sus cosas en el piso y se dirigió al centro del circulo tranquilamente, Heldor lo siguió y se posiciono en frente de él, tomo su gran mandoble y lo apoyo en sus hombros que parecían montañas, Orion, desenfundo a Dragón Negro y su hoja resplandeció con los rayos del sol, todos incluso Heldor dejo escapar un grito de asombro, se puso en posición y ambos salieron disparados uno contra otro, cuando el mandoble impacto sobre Dragon Negro, Orion sintió como todo su cuerpo temblaba del golpe, Heldor hizo una risa burlona y lo golpeo con una patada en el estómago que lo hizo retroceder, Orion trató de incorporarse nuevamente vio como un viento silbador le rozaba la mejilla mientras él se echaba para atrás, Heldor dejo escapar otra risa gigante.

- Solo eres un muchacho débil, hormiga.

Y ataco una y otra vez mientras Orion retrocedía, no le daba tiempo de posicionarse, no le daba tiempo de nada.

" Jajajajajaja " rugía el gigante mientras hacía silbar su mandoble y hacía que Orion retrocediera cada vez más, una, otra y otra vez, pero a su favor detenía todo ataque que se le presentaba a diestra y siniestra, arriba y abajo. Dragon Negro no recibía ni un rasguño, cuando Heldor hizo bajar su mandoble por encima de la cabeza de Orion, este en vez de parar el golpe, lo golpeo por abajo de la hoja haciendo que este se desviara y dejara a Heldor totalmente indefenso.

- ¡Alto! - Se hizo escuchar una voz aguda y joven - eh dicho que se detengan en nombre de Ripel Fause!

El joven señor se hizo ver entre la multitud junto a dos guardias que lo seguían a su espalda, era un joven de no más de ocho o nueve primaveras, pequeño, pero con rasgos estirados, con un pelo dorado en forma de casco y con prendas de sedas de color rubí, al escuchar su voz, la mayoría de la multitud se inclinó en forma de respeto haciendo una reverencia, incluso Heldor su vasallo, el único que permanecía de pie era Orion.

- Parece que a alguien no le enseñaron modales - dijo el príncipe de la fortaleza del este - pero a los perros también hay que disciplinarlos - y los guardias de atrás rieron exageradamente - quiero tu espada.

Señalo la mano de Orion donde descansaba Dragon Negro, miro al joven señor y dándole vuelta la cara le dijo.

- No está en venta.
- Pide lo que quieras, cincuenta, sesenta o cien monedas de oro, di cuanto vales.
- No está en venta.

El joven señor se puso frenético se notaba que no era una persona a la que se le solía decir que no.

- Perfecto - dijo calmándose - Heldor luchara por mí en el torneo del Rey, ¿crees que puedes vencer a alguien tan fuerte? - Heldor se irguió y fue mucho más grande de lo que ya era - Si él te vence en el combate - prosiguió - me quedare con tu espada, ¿qué te parece, perro?

Orion sintió un gran desprecio por ese pequeño señor, jamás había

sentido tanta rabia, lo habían puesto en una situación que él no había elegido estar, aunque por un momento sintió que la situación podía favorecerle.

- Pero si yo gano - ahora si lo miraba y sus ojos eran desafiantes - me darás la invitación al torneo del Rey.

Ripel Fause rio, rio, pero no porque su confianza era férrea ante su vasallo sino porque en ningún rincón de su imaginación podría perder contra un pueblerino. Después de su risa exagerada, a la cual exigió a sus dos guardias que lo siguieron forzosamente.

- De acuerdo, un trato es un trato, ante toda esta gente, yo Ripel Fause hijo de Kal Fause príncipe de la muralla del este desafío a este muchacho dadas las condiciones ya acordadas - sus palabras eran empalagosas y ensayadas, pero igualmente endulzaban y entusiasmaban a la multitud que se había acrecentado - ¡Comiencen!

Heldor se abalanzo hacia Orion como si no habría mañana, el mandoble volvió a silbar y ahora mucho más rápido que antes, choco contra Dragon Negro y se levantó por los aires, con un movimiento de muñeca el mandoble hizo un giro que paso de hombro a hombro por encima de la cabeza del gigante y saco un latigazo por el lado opuesto, a Orion no le quedó otra cosa que rodar por el piso con el riesgo de perder la espada en el movimiento, pero se encontró otra vez parado y con todo en su lugar, pero los ataques no cesaban y no tenían intención de parar, una y otra vez las espadas chispaban, se separaban y volvían a chocar, la gente estaba tensa, no decían palabra, salvo exclamaciones de sobresalto al pasar el mandoble tan cerca de Orion, cuando este intentaba escapar, ya tenía varios rasguños, en la mequilla, en el brazo izquierdo y otros cuantos en las rodilla y codos, por más que lo intentaba era muy difícil acercarse a Heldor, este respondía con un ataque tras otro cuando Orion quería atacarlo, era un muro, quieto, solido e impenetrable, como la muralla del este que defendían los Fause hacía ya tanto tiempo.

- No creas que vas a poder vencerme pequeño, yo sé que tu intención es luchar en el torneo, pero te olvidas que la mía es defenderlo - golpeaba cada vez más fuerte con el mandoble - y es algo que se hacer muy bien jajajajaja.

Y tras su carcajada, le siguió su puño que llevo a la cara de Orion, rodo por el piso como si un toro lo hubiera investido, se levantó nuevamente

se tocó la cara para comprobar que tenía sangre y tierra, estaba lastimado, pero no su orgullo. Hedor volvía al ataque, Orion corrió hacia un lado y el gigante, irónico, lo seguía con la mirada.

- No intentes escapar jajajajaja.

Y en el medio de la carrera en círculo, un pie giro y salto al centro, el gigante lo espero y paro su estocada con su arma, pero cuando este se corrió para volver a ver, el joven no estaba, sintió un corte leve en el gemelo de su pierna derecha, giro con el mandoble empuñado y silbando pero no encontró su objetivo, sintió otro corte leve donde ya se encontraba el otro, giro otra vez, no encontró a nadie, pero advirtiendo el siguiente ataque volvió a girar donde estaba y bajo el mandoble con tanta energía que al impactar contra el suelo levanto una nube de polvo, Dragon Negro corto el antebrazo, sangro y lo dejo sin fuerza, el mandoble cayó al piso, después del grito desgarrador del gigante quiso levantarse, pero recibió una patada donde estaban los cortes cayo sin fuerzas, cuando reacciono, Dragon Negro le rodeaba el cuello, ya no había donde escapar.

- Me rindo.

Dijo Hedor mientras levantaba sus manos en son de paz, Orion quito la espada de su garganta y lo ayudo a levantarse, el gigante frunció el ceño y el muchacho le esbozo una gran sonrisa.

- Inaudito, esto es inaudito - decía el joven señor mientras bajaba de una silla con felpudo que le habían instalado para ver el combate- ¡Tú! - señalo a Hedor - tú, estúpido vasallo te ordeno que te inclines - este hizo caso enseguida y se arrodillo en el lugar donde estaba

- Disculpe mi señor - sumiso

- Serás ejecutado, guardias, icórtenle la cabeza!

- ¡Alto!

¿Cómo había llegado ahí? ¿De dónde salió esa prepotencia, desde cuando se imponía con tanta facilidad? ¿Qué hacía Dragon Negro en el mentón de ese joven señor? Orion no lo sabía.

- ¿Te atreves apuntarme con tu espada?, ¿Tú? ¿Una pobre rata de los puebluchos más roñosos? - la voz de del niño era aguda y molesta, y sus cachetes se volvían rojos al enfurecerse más - guardias maten a este

idiota.

En cuanto los guardias salieron de detrás de Ripel una muralla gigante de músculos se interpuso entre ellos, el mandoble cruzado entre su cuerpo marcaba la señal de alto.

- Disculpen, pero no puedo dejarlos pasar - dijo la voz gruesa de Heldor
- ¿Ahora tú te revelas ante tu señor? Guardias mátenlos a los dos, ¡ahora!

Los dos desenfundaron sus espadas largas con un sonido metálico, Heldor se puso en posición para recibir cualquier tipo de ataque mientras Orion seguía apuntando con el filo de Dragon Negro al cuello del joven Ripel, la gente estaba estupefacta no podía creer lo que estaba pasando y mucho menos tomar partido.

- ¡Alto! ¡Guardias de la muralla enfunden sus espadas!

Los guardias miraron de donde provenía la voz y al ver a su Alteza del Este, enfundaron rápidamente las espadas e hicieron una reverencia y al unísono dijeron.

- ¡Su alteza Kal!

Heldor los acompañó en reverencia y palabra, Orion lo miraba, pero no dejaba de apuntar al joven señor, si Mary lo vería en ese momento era posible que le hubiera dado más de una reprimenda o incluso haberse desmayado ante tal espectáculo.

- Ripel ven aquí, hijo - dijo tranquilamente Kal Fause.
- Un momento - dijo Orion anteponiéndose a la situación - ¡su hijo me debe la invitación al Torneo de Rey!
- Cierto, cierto. Cuáles son mis modales - dirigiéndose ahora a Ripel - ¡dale la invitación del torneo hijo, Heldor perdió el combate, él se lo gana.

Las palabras eran tranquilas, demasiadas tranquilas pensó Orion, Kal Fause era el Rey en la Muralla del Este era alto y flaco con una cabellera rubia como el oro y sus rasgos eran afilados, tenía una cara inexpresiva e indescifrable y una forma de andar muy tranquila, casi tanto como la de

una serpiente, llevaba unas ropas de seda color rojo jade y unos pñntalos de cuero apretados que lo hacían ver aún más flaco, llevaba una capa enganchada de un prendedor dorado en forma de sol, en la capa llevaba el estandarte de su Reyno un muro gigante de piedra sobre el suelo rocoso.

- Pero, Padre – protesto aun con una voz más aguda - él me amenazó con su espada.

- ¡Silencio! Estuve viendo todo y me avergüenzo de tu accionar Ripel, ahora entrégale la invitación.

El niño bufo, relincho, protesto mudo y hasta quiso volver a replicar, pero una sola mirada de su padre, le hizo entender que no había replica que valiera, metió su mano en un pequeño morral que traía y saco un rollo marcado con el sello del Rey, lo estiro hasta Orion este lo tomo mientras bajaba la espada.

- Disculpa - le dijo al joven señor que lo miraba con desprecio.

Este se fue caminando con paso acelerado hasta al lado de su padre, los guardias lo siguieron.

- Heldor tú también - la voz de Kal Fauster seguía tranquila.

Heldor se levantó y se acercó hasta Orion, este tuvo que levantar la cabeza para mirarlo, no se dijeron nada, pero un apretón de manos basto para decir todo.

- Y dime muchacho, ¿Cuál es tu nombre?

- Mi nombre es Orion... Señor!

- Orion ¿eh? Eres un gran luchador, muchacho. Esperamos verte ganar el torneo.

Le regalo una sonrisa fina y se retiraron todos a la vez, Ripel le dio la última mirada maliciosa antes de que se perdieran entre la multitud. Orion se quedó allí parado viendo cómo se retiraban y cuando decidió dar

media vuelta e ir a tomar sus pertenencias la voz gruesa lo llamo.

- ¡Hey, muchacho! Te olvidas algo.

Y de las manos gruesas de Heldor salió una bolsa tintineante, Orion las atrapo en el aire y le devolvió una gran sonrisa.

- ¡La próxima vez te será más difícil vencerme jajajaja!

Con una gran carcajada se dio media vuelta y comenzó a caminar su sonora potencia se fue esfumando entre la multitud. Orion sin conocerlo lo suficientemente bien había entablado una amistad y ganado a un gran rival, eso es lo que se gana en un combate entre armas, pensó, las cosas le habían salido como el jamás hubiera imaginado, había ganado el pase al torneo y unas cuantas monedas para comer y dormir en una cama caliente, por lo menos, por dos días que era cuando comenzaba el torneo.

La Gran Ciudad lo desconcertaba demasiado a la hora de ubicarse, era inmensa a los ojos de un joven criado en un pueblo en las afueras, la gente no se detenía un segundo, Orion camino durante casi todo un día intentando encontrar una taberna, caminaba junto a la gente, que por cierto alguna que otra le gritaba porque había visto su combate en la plaza principal, el solo les devolvía una sonrisa tímida y algún gesto gentil con la mano, pero cuando quería preguntar una ubicación ya no estaban allí. Camino por incontables calles de piedra, algunos bufones lo perseguían con bromas bohemias y otros tantos vendedores querían que les comprara su mercancía, de frutas hasta talismanes de la buena suerte, camino, camino y camino hasta el hartazgo, doblo en callejones y encrucijadas, donde algunos vagabundos intentaron intimidarlo, pero luego de mostrar su espada se reducían a una simple limosna, para Orion lo que había imaginado de ese lugar mágico, se convertía en una pesadilla ruidosa. Después de horas y horas, al caer el sol, encontró una taberna, el olor a estofado y las luces de los braseros prendidos lo llevaron hasta allí, al entrar se sintió casi como en casa, pero con un intenso olor a sudor, debió reconocer, estaba repleta de gente, casi no se podía caminar, las meseras iban y venían con jarras de vino espumante y tazones de estofado de colores opacos que olían deliciosos, era una taberna bastante humilde, no muy diferente a la que Orion llamaba hogar, los techos y las paredes de madera junto a las mesas le daban un toque rustico, disponía de dos pisos los cuales se distribuían en la parte de arriba con habitaciones, y la de abajo la sala común, donde se desayunaba, almorzaba y se cenaba junto a los que solo iban a beber. A Orion le costó

caminar entre tanta gente, en el camino una chica le ofrecía su cuerpo junto con algunos piropos obscenos y un borracho le cantaba en el oído a gritos, cuando al fin llegó a la barra de la cocina del lugar, un viejo semi canoso limpiaba el lugar con un trapo húmedo, tenía un delantal negro con manchas de colores jamás vistos.

- Buenas tardes señor, quisiera una habitación.
- Y yo quiero que las princesas de Yad me entreguen sus cuerpos - dijo con sarcasmo el tabernero sin quitar la vista de la barra - no tenemos habitaciones muchacho.
- Le ofrezco seis monedas de oro por habitación y comida por dos días, luego me marchó, debo competir en el Torneo del Rey.

Entonces el tabernero levanto la vista y lo miro de arriba abajo, dejó escapar un bufido, después del viaje hasta la Gran Ciudad y del combate que había tenido, no se diferenciaba demasiado de los vagabundos que lo interceptaron anteriormente.

- Deja de hacerme perder el tiempo muchacho, ¿tú en el torneo? jajaja por favor, no puedo creer eso y mucho menos que tienes 6 monedas de oro, hasta desconfiaría de que tuvieras media moneda.

Orion dejó sobre la barra las monedas y se las alcanzo con la mano, el tabernero las miro y lo volvió a mirar recogió las monedas y le hizo un ademán de que lo siguiera y así lo hizo, paso por detrás de la barra, pasaron por la cocina y luego por un pasillo largo y oscuro, al final había una puerta de madera la cual el tabernero deposito una llave que la hizo abrir, le pidió que pasara.

- Es la mejor habitación que puedo ofrecerte muchacho, aquí nadie te molestará, si necesitas algo, ve directo a la cocina y pídelo no habrá ningún problema
- Muchas gracias.

Orion despidió al tabernero que aún lo miraba extrañado, su habitación era acogedora más de lo que podía haber imaginado para dormir esa noche, tenía una cama con un colchón de plumas, el cual, nunca había probado, se arrojó encima y sintió todo su cuerpo pesado, no se había dado cuenta de lo cansado que estaba, la pequeña ventana que tenía le mostraba como el sol había cambiado por luna y como la oscuridad se apoderaba de la habitación, de sus ojos, los parpados se volvieron pesado e insostenibles y no quiso luchar más por ese día, cedió ante la pesadumbre y

se quedó profundamente dormido.

Cuando la mañana volvió a inundar los cielos, también inundó las calles, los pasos de la gente retumbaban en la sólida piedra, era un sonar interminable que solo se detenía por el galopar de una docena de caballos que seguro representaban una caravana de algún Señor. Orion se dio media vuelta para intentar hacer caso omiso del ruido, dio una, dos, tres, pero no pudo volver a conciliar el sueño, se sentó sobre su cama y palmo con sus mano derecha a Dragon Negro sobre la cama, no había dejado la espada un segundo por si entraba alguien o querían quitársela, una vez que se cercioro de que todo estaba en su lugar, se refregó los ojos con su mano, cuando el tocar de la puerta lo sobresalto, coloco la espada detrás suyo tomando la empuñadura.

- Adelante - dijo Orion intentando que su voz sonara confiada.

La puerta se abrió y de ella salió el tabernero, esa mañana con la cara un poco más curtida que la del día anterior.

- Muchacho, ha llegado una carta para ti - levanto la mano para dejar ver el rollo con el sello característico del Rey - te llamas Orion ¿verdad? La ha traído un mensajero real, dijo que se trataba de algo del Torneo del Rey y supuse que era para ti.

Orion se mostró extrañado, no hacía más de una luna que había conseguido la invitación para el torneo, era imposible que supieran que iba a participar, incluso más imposible que supieran que se encontraba viviendo ahí.

- Muchas gracias ¿me disculparía si la leo solo?
- O si pues claro, claro, lamento interrumpirlo - hizo una pequeña reverencia como si se obligara a recordarlo - cualquier cosa que necesite señor, cualquiera, solo hágamelo saber.

Se retiro cerrando lentamente la puerta mientras dejaba el pergamino encima de una pequeña mesa en la entrada de la habitación, la actitud del tabernero había cambiado con respecto a la que había tenido el día anterior, hasta lo había llamado señor, debía de creer que se trataba de algún hijo de Lord o algo por el estilo, no pudo evitar reírse de aquello.

Orion se levantó y tomo la carta, con su dedo roso el grabado del sello, no sabía si preocuparse o emocionarse porque se fijaran en él, tomo un

cuchillo abrecartas, corto el sello y desenrollo el pergamino que eran dos hojas, Mary le había enseñado a leer de pequeño, muy pocos chicos sabían leer a su edad incluso los que eran de baja cuna, su probabilidad era bajísima, al recordar la lectura pensó en Mary y en cómo se encontraría, desde que llegó fue la primera vez que pensaba en ella, ahora seguramente estaba preparando el desayuno para unos cuantos viajeros y se preguntaba si lo extrañaría, seguro que sí, eso lo deprimió un poco.

Tomo las dos cartas, una explicaba las reglas del combate, se referían al uso de armas de todo tipo la lista era extensa, que se refería a espadas, hachas, martillos, lanzas, mandobles, dagas, arcos, manoplas, entre otras tantas, el tipo de vestimenta que se debía utilizar, mínimamente una coraza para proteger el pecho, pero también se podía y recomendaba utilizar la armadura completa, en caso de no haber traído nada de esto, el torneo proporciona una armería que abastece a todos los participantes, luego, explicaba el modo de ganar un combate, se pedía explícitamente que no se derramara sangre innecesaria, que más allá de que este era un torneo muy importante no se debía quitar la vida a quien se tenía en frente, aunque los accidentes existen.... siguió leyendo, cada Reyno tendría dos representantes, para que las oportunidades de ganar se multiplicaban y ahí se refería al lector.

"Al guerrero, Orion, representante de la Muralla del Este, y del señor Kal Fauste, se enfrentara el primer día del torneo en el cuarto combate contra Gregory Russel representante de la Isla del Bárbaro, del señor Edemir Ivorg III. Los siguientes deberán presentarse hoy en la sala común de la Arena principal al medio día con la invitación del Rey, en caso de no asistir su contrincante será el vencedor, en nombre del Rey William mucha suerte en el torneo".

Al terminar de leer Orion quedo sumamente emocionado no podía esperar más, necesitaba estar en esa Arena listo para combatir y ya le habían designado un contrincante eso lo hacía más emocionante e intrigante ¿cómo sería? ¿Qué arma usaría? ¿Cuál sería su estilo de combate? La ansiedad hervía en su cuerpo, tomo la otra carta, la desenrollo y comenzó a leerla; el emisario era Kal Fauste, quien explicaba que gracias a él le habían enviado la anterior carta, que, aunque era uno de los representantes de la Muralla, no le otorgarían ningún tipo de distintivo y mucho menos las armaduras de los guerreros del Este. Orion se sintió aliviado ya que no esperaba nada de esa gente y tampoco quería que le dieran ninguna armadura y muchos menos llevar sus estandartes, dejó la carta a un lado y no dejó que le afectara, tomo sus cosas y se cambió de ropa, trato de ponerse lo mejor que tenía, pero toda su ropa estaba sucia y desprolija, tomo una camisa de seda que le quedaba muy grande y tenía un color desteñido que le había regalado Mary en su décima tercera primavera, se quedó con sus pantalones de cuero marrón el cual intento quitarle el polvo golpeándolo con la palma de su mano, se ató el cinturón y con el acomodo a Dragon Negro en su cintura del lado izquierdo, se puso las botas embarradas y salió corriendo de la habitación, hasta que recordó las cartas y la invitación al torneo, volvió las recogió, las doblo

como pudo y salió. Paso por el largo y estrecho pasillo y se encontró con la cocina que estaba bastante abarrotada, las camareras repetían en el mismo acto de la noche anterior, había un aroma a pan recién echo y esto despertó el apetito de Orion, pero ya el sol estaba casi encima y se hacía tarde. Salió despacio y cuidadoso de no llevarse por delante y provocar que se derrame comida ni las jarras de líquido que transportaban las meseras del lugar movimientos que había adquirido como mesero en la taberna de Mary. Cuando logro librarse de ese ajetreo, se encontró con la barra de la taberna, el camarero estaba hablando con un cliente cuando vio a Orion yendo hacia la puerta, haciendo ademanes y gritando "señor, señor" intento detenerlo pero apuro el paso para salir rápidamente del lugar, una charla incomoda con el tabernero y todas las preguntas que sabía que vendrían le harían perder tiempo y tiempo era lo que le faltaba, por suerte La Arena se veía a penas se cruzaba la puerta principal de la ciudad y no iba a ser demasiado difícil encontrarla, salió por la puerta trotando, y se dirigió hacia la Plaza Principal, aunque le costó más tiempo del que creía, llego bastante rápido, allí pidió algunas indicaciones a los comerciantes de la plaza los cuales no soltaban la lengua sin antes comprarles algo, Orion aprovecho su hambre matutino y a un panadero ambulante, le compro unos bollos de pan caliente y a cambio el panadero le dijo la forma más rápida de llegar, salió corriendo, el sol estaba casi sobre su cabeza, se metió por las casas y la roca fría hacia sombra, corrió por un pasillo y doblo a la derecha, allí unos niños jugaban con dos palos a que eran espadachines famosos del Reyno.

- Yo soy Fredric, la tercera espada del rey.
- Y yo soy Lord Vidar el señor de la espada del rayo - grito el otro chico mientras chocaba su palo contra el otro.
- Pero, yo soy Lord Zarda el caballero de Oro - levanto su palo como señal de victoria.
- Ah, ¿sí? Y yo soy el Rey William.
- No, yo soy el Rey William.

Se abalanzaron uno contra el otro, cayeron al piso y rodaron, a Orion se le escapo una risotada que no pudo contener, pero pensó, que no quería retenerla, era lo más humano que había visto de que llego a la Gran Ciudad. Volvió a correr en su dirección y fantaseo con que alguna vez los chicos jugarían a ser él y aclamarían su nombre, se preguntó cómo lo llamarían, todo dependía de su actuación en el torneo. Cuando cayó de sus pensamientos llego al final de un pasillo y salió a una calle llena de gente, en frente una gigantesca estructura de piedra circular, jamás en su vida alguien había visto algo igual, todo aquel que pasaba por ahí se quedaba mirando tan inmensa formación. Las piedras gigantes eran cuadrados lisos apilados unos por encima de otros de dos árboles viejos de altura, en esas paredes talladas, habían figuras de guerreros famosos y

sobre todos ellos, la misma que se encontraba en la Plaza principal con su misma escritura, "Rhidan el Restaurador de la Paz" podría haberlo contemplado toda su vida, pero su vida dependía de que llegase lo antes posible, corrió hacia La Arena y entro por una entrada en forma de arco, allí se leía, "Donde sobreviven solo los guerreros" la oscuridad de los pasillos era densa, pregunto a un herrero que sumergía el hierro rojizo en un balde de agua y evaporizaba el ambiente, este hizo ademanes marcados y la voz seca y áspera rugía entre la roca.

- Allí, allí.

Orion miro a donde señalaba el herrero y diviso una puerta doble bordó, cuando llego a ella tomo la perilla la hizo girar y entro a una habitación alfombrada, con los muebles labrados en oro una mesa de madera alargada, con candelabros que colgaban de los techos llenos de cuadros que inmortalizaban batallas libradas en ese mismo recinto, cuando Orion puso un pie en el lugar todas las miradas se dirigieron a él, en la habitación se encontraban los Fauste, Kal, el señor de Gisa de la Muralla del este, le dirigió una mirada indiferente como si supiera lo que iba a suceder de ante mano, esta vez vestía un tapado excesivamente largo de un color azul brillante con las mangas y los bordes del tapado con una piel blanca como la nieve de algún animal indescifrable, su hijo, Ripel Fause lo miró con desprecio y rencor el niño llevaba un chaleco marrón y unos pantalones cortos negros, al lado de Hedor parecía más pequeño de lo que era, esta vez el gigante no llevaba su Mandoble pero si un chaleco de piel de oso y debajo una camisola blanca atada con botones que le llegaban hasta arriba y luego se abrían dejando el peludo pecho al descubierto, le dio una mirada cómplice y luego siguió mirando hacia adelante para no comprometer más su situación con sus señores. Delante de ellos un hombre flaco y mediano con pelo canoso bien peinado bajo una raya al medio, su cara tenía forma de hongo y sus ojos eran rendijas de un hilo blanco con un sol oscuro clavados en Orion, tenía un bigote fino y afilado en las puntas que se cortaban antes de llegar a la nariz dividiéndolo en dos, tenía una voz pausada y tranquila.

- Llega tarde señor... Orion - miraba las hojas que llevaba en sus manos para descubrir el nombre del recién llegado - pase por aquí por favor, mi nombre es Pip, mucho gusto - e hizo una reverencia - soy el encargado de recibir y alistar a los competidores del torneo, por lo que tengo entendido, usted señor Orion se ganó el honor de estar aquí, en el gran Torneo del Rey, el señor Fauste me ha contado todo - hizo una pausa miro hacia el suelo, junto ambas manos y se quedó pensando hasta que retomo la charla - aunque esto sea intolerable para la organización del torneo, me atrevo a decir que dejarlo participar sería una deshonra a todas las leyes

del Torneo y sí señor, ilas leyes son el alma de la disciplina!

Orion se quedó mirando al señor Pip sentía que le habían arrebatado lo que más quería ¿para qué había hecho todo su sacrificio? No había valido de nada, ya no tenía razón de estar ahí en ese lugar debía volver con Mary...

- Sin embargo y lamentablemente, no hay ley que lo prohíba, así que va a participar del torneo.

Orion sonrió como nunca, quiso ir abrazarlo, pero Pip no tenía cara de muchos afectos, a Hedor se le escapo una pequeña sonrisa que fue suprimida por la mirada de maldad del pequeño Ripel

- Luego de hablar con el señor Kal Fauste, me ha dicho que han acordado que no llevaría ningún tipo de estandarte o distintivo de la casa de Gisa y me parece razonable, ya que usted no pertenece allí muchacho, así que será nombrado como guerrero libre, espero que no causes problemas porque te la veras con las leyes del Rey.

Le dirigió una mirada sombría y espeluznante, Orion solo pudo asentir y se acomodó entre los presentes al lado de Hedor, una vez en su sitio, Pip prosiguió del mismo modo, pausado y tranquilo.

- Como saben el Torneo será mañana, a partir de hoy los guerreros que participen serán alojados en las mazmorras de la Arena, les darán las instrucciones una vez que estén en sus aposentos - la rendijas de sus ojos iban entre Orion y Hedor como examinando cada movimiento y reacción de ambos, luego de una mirada larga, se dirigió a los Fause cambiando su actitud un poco más formal - mientras tanto Señor Fause, como ya le había explicado, usted y su querido hijo podrán admirar el espectáculo en los palcos privados a los costados de donde se sentara el Rey, tome estas coordenadas para no perderse y que disfrute del Torneo.

Hizo una reverencia y cordialmente los llevo hacia la puerta, Kal Fauste antes de irse miro a Hedor y le hizo un gesto apremiante con la cabeza, Hedor se llenó de orgullo y le devolvió el gesto, hincho el pecho y tomo una postura aguerrida, mientras que Orion permanecía ahí parado al lado del gigante y al ver eso, fantaseo con la posibilidad de que Mary lo apremiara y le diera fuerzas para el combate, pero solo con su recuerdo era suficiente, ella se había sacrificado para llevarlo ahí y él iba a volver

como el Campeón del Torneo.

Pip volvió luego de despedir a los señores, sin mirarlos paso por delante de ellos y les pidió que lo siguieran, salieron de la lujosa habitación y dieron con un jardín lleno de hermosas flores y pájaros de colores que ninguno había visto jamás, bebían de un pequeño bebedero de yeso en el centro del mismo, un camino con piedras grises brillantes marcaban por donde ir, pasaron sin poder detenerse lo suficiente como el paisaje lo merecía, entraron a un pasillo de piedra del cual la luz del sol penetraba con fuerza, no tenía techo, pero si arcos de piedra cada uno cuantos pasos, doblaron, bajaron un pequeño escalón y volvieron por un idéntico pasillo al anterior con la diferencia que terminaba en curva y tras dos escalones más, llegaron a la Arena Principal, ambos se quedaron estupefactos a la magnitud de aquel lugar, pero rápidamente Pip rompió el silencio.

- Por aquí.

Dijo tranquilamente como si aquello solo fuera un espejismo, los llevo por el perímetro de la Arena, las paredes de piedra se repetían una y otra vez, a lo lejos vieron a un hombre gordo, con un delantal negro y debajo el cuerpo desnudo, ya a distancia, se veía que sudaba demasiado, cuando llegaron junto a él, Pip le hizo un ademán y el hombre de debajo de la arena tomo una cadena gruesa de un hierro pesado y tiro de ella, un ruido sordo y hueco crujió ensordecedoramente y cuando se detuvo dejo al descubierto en el piso una escalera oscura, descendieron todos juntos, menos el hombre gordo, a la cabeza iba Pip que parecía conocer el camino de memoria. Cuando la luz que entraba de la compuerta se difuminó, se vio que una mano delante de Orion y Hedor tomo una antorcha que estaba colgada en la fría pared de roca e ilumino el resto del camino, una vez que llegaron abajo Pip dejo la antorcha en la pared, se encontraban en unas mazmorras muy parecida, por no decir igual que una cárcel, de pared a pared solo había celdas que podían alojar a dos personas, eran delgadas y frías, con dos camas una abajo y otra arriba colgada de la pared, su imagen ya denotaba su incomodidad, tras el largo pasillo de celdas, en cada una de ellas había guerrero de todos los puntos cardinales, tan fieros y duros como bestias salvajes parecían rugir dentro de sus celdas, todos los ojos se clavaban en Orion por cada lugar que pasaba era observado, algunos miraban y hacían ademanes obscenos o escupían al verlo pasar, algunos decían cosas en idiomas indescifrables, Orion trataba de no quedárseles mirando demasiado tiempo, sentía miedo, no podía negarlo, pero siguió caminando no había forma de que lo hicieran echarse atrás, Hedor venia caminando a su lado y le llamo la atención que a él nadie le decía nada, ni escupían, ni lo molestaban, su cara era férrea había alguna clase de fuego en sus ojos, delante de ellos Pip iba a paso enérgico y no miraba a nadie solo hacia adelante, luego de recorrer una cantidad considerable casi llegando al final de aquel pasillo

de celdas se detuvo, dio media vuelta señalando a una celda vacía.

- Aquí se hospedarán, compartirán la celda espero que no provoquen ningún tipo de disturbio sino se las verán contra las leyes del Rey.

Ambos se miraron como confundidos, a quien se le ocurriría armar revueltos en un lugar así, pero no pensaban cuestionar a ese hombre tan extraño así que los dos se limitaron a asentir y pasaron a su celda, dejaron sus cosas ahí, el señor Pip no se había despedido que ya estaba emprendiendo el camino de regreso, desapareciendo entre la multitud que se desplegaba en el pasillo.

- Parece que llegamos justo a la hora del almuerzo pequeño - dijo Heldor mientras apoyaba su enorme mano sobre los hombros de Orion - será mejor que nos apuremos.

Salieron de las celdas y caminaron por el pasillo que se encontraba un poco más libre que antes, todos se dirigían a una puerta grande, dentro, un comedor amplio y oscuro, las antorchas iluminaban el lugar pero era necesario tener muchas encendidas para combatir con la oscuridad de aquel salón, había mesas largas con tableros de madera, una al lado de la otra y a lo ancho de todo el lugar, para sentarse había unos bancos de igual de largo, también de madera, al fondo del salón, un cocinero repartía cuencos con algún tipo de caldo de un color y una textura viscosa, Orion y Heldor atravesaron el salón sin poder despegarse de todas las miradas que seguían allí sobre sus existencias, se hicieron de un cuenco y se sentaron juntos en una parte del comedor separados de la mayoría de los otros guerreros, Heldor comenzó a comer mientras que Orion miraba a su alrededor desconfiado, se sentía tan inseguro en ese lugar como que todo allí lo intimidaba, sentía en el aire una especie de tensión desde el momento que había llegado.

- Tranquilízate pequeño, lo único que quieren es intimidarte - dijo Heldor con la boca llena, la voz de él, había sobresaltado a Orion, ya se encontraba dentro del Gran Torneo del Rey, pero ¿a qué costo?

Casi sin darse cuenta, una mano se posó sobre el hombro del joven del pueblo Wash, los dedos se sentían duros y rígidos, comenzaron a apretar tan fuerte, que los huesos temieron romperse, Orion voltió con cautela, pero en vez de encontrarse con una cara, se encontró con el pecho envuelto en un cuero curtido que hacía de chaleco, junto con él, unas trenzas de pelo

dorado y enmarañado.

- ¿Quién iba a decir, que mi presa sería una hormiga miedosa? –
arrastraba las erres con demasiada acentuación.

La vista ahora se dirigió más arriba, para encontrarse con una cara poblada de pelos y cicatrices, de rasgos duros y erocionados, los ojos traían consigo una fuerte convicción y una sed de sangre, Gregory Rusself sonreía con la mitad de sus dientes y la barbilla llena de cerveza. Las dudas de Orion se dispersaron en aquella imagen, el primer contrincante que debía enfrentar, era lo más parecido a un gigante, la Isla del Bárbaro era famosa por tener guerreros de pura sangre, un pueblo destinado a la conquista, hombres de mar dispuestos a enfrentarse a lo que fuera.

Parece que será una victoria asegurada, lastima que mis hachas se manchen de una sangre tan asquerosa.

- Ya déjalo Gregory.

El gigante miro a Heldor como si recién se enterase de que estaba allí.

Tienes suerte de que estes con el Muro de Gisa, sino tu cara estaría ahora incrustada en esa mesa de madera.

El sonar de las erres quedo zumbando en el viento mientras un escupitajo corto con aquel sonido, la mano aflojo el hombro ya bastante entumecido y paso a los pelos del joven quien termino con su cara en la bizcocidad del cuenco que hacía de comida, esto provocó una carcajada unanime, mientras la gruesa voz se alejaba del comedor.

Capítulo 5

4

La era del amanecer

Entrenamiento en La Arena

La mano de dedos gruesos de Hedor se tendió para ayudarlo a levantarse, Orion la tomo y se levantó, se quitó el polvo dándose palmadas en la ropa, y con una sonrisa le dijo a su compañero.

- ¡Una vez más!

Hedor le devolvió la sonrisa y arrojó el mandoble al piso, tomo las dos hachas, una en cada mano y le hizo señas de que lo ataque, Orion dio un paso adelante y una estocada se disparó hacia el brazo izquierdo del Muro de Gisa que lo desvió dando con el filo de su hacha derecha en Dragon Negro con un giro contraataco con el revés de su otra hacha, a Orion solo le quedo retroceder, en lo que se tarda en pestañar, justo como antes, empezó una lluvia de ataques, uno tras otro, derecha e izquierda, así simultáneamente y alterando el orden alguna que otra vez, Dragon Negro detenía cada uno de los ataques y escupía chispas al chocar, pero algo fue mal, el brazo de Orion cayo, junto con Dragon Negro, de repente dejo de moverse y no se movió más, el hacha freno delante de su cara donde debía estar la espada que la hacía retroceder, el combate se detuvo y Orion se extrañó se golpeaba el brazo pero no lo sentía lo intentaba mover, pero estaba inerte, se quedó mirando extrañado a Hedor.

- ¡Ja ja ja ja! no pasa nada pequeño, los golpes hicieron que tu brazo se entumeciera. Así que dime, ¿cómo harás para aguantar todo un combate sin que esto suceda? Morirás en el intento.

La cara de Orion se llenó de preocupaciones, recordaba las miradas desafiantes de los guerreros en el comedor y se le puso la piel de gallina, pensó que tal vez no estaba preparado para este torneo que tendría que haber tenido más experiencia o haber entrenado más, pero no podía echarse atrás esto era lo que él deseaba si tendría que entrenar hasta el último momento antes de combatir lo haría. Cuando volvió de sus

pensamientos el brazo reaccionaba otra vez, tomándose el hombro y dando giros con el intento de cobrarse completamente, su mirada cambio de preocupación a convicción y tomo a Dragón Negro con las dos manos.

- Heldor, ¡una vez más!

El gigante sonrió y se abalanzó otra vez, las hachas y Dragón negro bailaban una danza interminable que duro hasta la mañana siguiente, solo paraban a tomar agua y comer un pan duro rescatado de la cocina, cosa que no podían evitar si querían llegar en condiciones para los combates, cuando las reservas se acababan inevitablemente debían llegar hasta el comedor para volver abastecerse, en esos momentos tenían la exhaustiva tarea de eludir las miradas de todos que aun los hostigaban, por lo menos a Orion. El gigante de barbas doradas Gregory que cuando podía reía en carcajadas mientras contaba cómo iba a degollar a su contrincante en la primera ronda, Orion no le hacía caso y rápidamente se retiraba del comedor.

Cuando los primeros rayos de sol iluminaron la Gran Arena, las calles se abarrotaron de gente, los comerciantes de la Plaza Principal se duplicaron, los cánticos de los productos a la venta se entrelazaban y se hacían palabras graciosas que los niños las disfrutaban a carcajadas, bufones y teatros ambulantes de punta a punta, soldados del castillo patrullaban las calles y escoltaban a grandes carretas que recientemente habían llegado y que iban directo a la Gran Arena, allí los guerreros estaban convocados a las primeras horas a tomar las armas y las armaduras o lo que necesitaran. Antes de empezar los combates tenían que hacer la presentación del torneo, en donde el Rey iba a decir unas cuantas palabras, las instrucciones eran caminar hasta el centro de la Arena, ponerse en fila y esperar a que termine de hablar el Rey William, luego se retirarían y comenzaría la primera batalla, por lo menos así les había indicado el señor Pip en el comedor, cosa que Heldor y Orion se habían perdido. Cuando las gradas de roca se habrían de llenar y los gritos sembraban el aire de emoción los rostros de los guerreros a punto de salir por la puerta de rejas que lo separaban de la Gran Arena, de la gloria y la muerte.

- Parece que la pequeña horrrrrmiga ha escapado a su horrrrmiguero Muajaja - decía gritando Gregory entre risotadas de malicia, vestía un casco de cuernos largos, en su pecho una cota de maya gruesa y unas botas de cuero negro, en sus manos dos hachas de un acero negro y brillante parecían cortar con solo mirarlas.

Entre permisos y perdones un joven apareció entre los guerreros que lo maldecían mientras pasaba, se acercó hasta el señor Pip.

- Señor le comunico que Hedor de la Muralla de Gisa es probable que se retrase por ir a la enfermería y se pierda la presentación, señor.

- Pues bien... - pensó Pip y después de hacer una pausa, las palabras salieron de su boca - No creo que haya ningún problema en eso. Por otra parte... - lo miro de arriba abajo, tenía el pelo corto más corto que en anteriores ocasiones y sus hombros llenos de magulladuras y cortes, aunque ninguna herida seria, sus ropajes no estaban en la mejor condición y venía desarmado, pero algo había cambiado a los ojos del señor Pip - en cuanto a usted señor Orion llega tarde y su combate es el primero, será mejor que se prepare, en menos de cinco minutos entraran en la Arena. Si se excede del tiempo que le he dado, no lo dejaré combatir.

- ¡Si señor! - dijo Orion, pero esta vez no sonrió como solía hacer.

Corrió hacia la armería donde el herrero, un viejo de barbas largas y grises le tendió a Dragon Negro que brillaba de una forma increíble, tomo también una pechera de tela que le cubría el hombro derecho y la parte izquierda del pecho justo en el corazón, arriba de la tela unas placas de metal hacían de defensa frente a los ataques, en las piernas unas simples rodilleras del mismo material y unas botas de cuero atadas en la pantorrilla, se colgó a Dragon Negro de la cintura y se puso al final de la fila, miro a Gregory que lo observaba, cuando sus ojos se cruzaron el gigante de barbas doradas escupió en el piso, esta vez Orion no quito la mirada, sino que se la sostuvo y tomo a Dragon Negro de su empuñadura con signos amenazantes, esto hizo enfurecer a su contrincante cuando la voz del señor Pip hizo el anuncio.

- Guerreros es hora de salir a demostrar su valía, den una buena impresión al público y hagan sentir orgulloso a sus señores. Y por, sobre todo, irrespeten las leyes de Rey! ¡¡Ahora salgan!!

Y mientras levantaba sus dos brazos, las hordas de guerreros salieron a la Gran Arena, divididos en cuatro filas trotaron hasta el centro de la Arena, entre gritos aturdidores de la gente que había poblado en su totalidad las

inmensas instalaciones, todos quedaban asombrados ante tal lugar y tanta gente, cuando al fin salieron todos de la armería a Orion lo golpeo la inminencia, jamás había visto algo igual o siquiera parecido, se quedó parado contemplando tal cosa, no podía moverse hasta que el señor Pip le hizo ademanes de que siguiera, recobro la conciencia y siguió al trote a su fila que lo había dejado atrás, se posicionaron una al lado de la otra con un espacio de un hombre de distancia frente al palco del Rey que se imponía en el centro de la Gran Arena, cuando los guerreros llegaron allí una armonía de trompetas sonaron en el aire, zumbaron y convirtieron los gritos en murmullos de la multitud emocionada, en eso se levantó un hombre corpulento del trono del Rey, vestido con una armadura plateada brillante y en ella labrada en el pecho dos martillos dorados, colgada de las hombreras una capa color púrpura.

- ¡Atended mi pueblo! - apenas escucharon su voz todo el mundo guardo silencio - Hoy los dioses nos han regalado un día bello para los combates, espero que disfruten el acero contra el acero y quiero hacerles el anuncio, a ustedes, mi querido pueblo y a ustedes guerreros de las vastas tierras mortales, quien llegue al final del torneo, ise enfrentara conmigo! Y me demostrara su valía y fortaleza y tal vez, lo considere como una ¡Espada del Rey!

Los aplausos y los gritos estallaron, el público se alborotaba en sus lugares y reclamaban el comienzo de aquel espectacular acontecimiento, a partir de estas palabras los guerreros dieron gritos de furia y entusiasmo, mientras el Rey volvía a sentarse en su silla con una sonrisa en sus labios, junta a él se encontraban varios Señores que él mismo había autorizado para que lo acompañaran en el torneo, lo cual era un honor altísimo, sentado a su derecha estaba, el Señor en el Norte, Sir Romic un hombre mayor que demandaba respeto, vestido con una túnica larga de color negro, su rostro arrugado por los años lo llenaban de sabiduría al mirarlo, con él un joven esclavo vestido con arrapos pero aseado, se ve que había obtenido el privilegio de bañarse para aquella ocasión, a la izquierda del trono, el Señor de las costas del Este, Sir Pheliat quien maneja todos los barcos que entran y salen un gran aliado a la hora de recolectar información o saber quiénes pisan las tierras del Rey, era un hombre flaco y alto con un rostro como la roca erosionada por la sal del océano, vestido con una túnica exageradamente adornada, su color dorado enceguecía al verla y en su espalda llevaba el estandarte del león de los mares en un plateado brillante, parecía salir vivo en cualquier momento, entre ellos unos cuantos señores de castillos y pasos de gran importancia del reino, es decir que aquellos que estaban ahí, estaban por conveniencia del Rey William o mejor dicho por la cámara del Rey quien manejaba todos los asuntos diplomáticos, por detrás de todos ellos las esposas de los afortunados quienes guardaban silencio y ordenaban a los sirvientes que cada quien había llevado, lo que sus maridos les pedían, vino, queso, pan

o algún plato considerado en sus tierras como un manjar, para ofrecérselo al Rey quien probaba un bocado y lo despachaba gentilmente.

- Mi señor, ¿no cree que es un poco imprudente arriesgar su integridad física en el torneo?

La voz de Sir Romic sonaba suave y armoniosa era un hombre de muchas primaveras vividas pero su inteligencia y su ágil mente no habían envejecido para nada.

- No te preocupes mi querido Sir Romic no ha nacido nadie que pueda vencer a mi maza ni al Demoledor de Piedra jajaja - el Rey William no era una persona de un humor muy alegre por lo menos no era lo que demostraba, pero los combates lo emocionaban y dejaba ver su verdadera naturaleza o por lo menos, eso afirmaban quienes lo conocían.

- No quiero que tome mis palabras como una ofensa mi señor, pero el pueblo tiene necesidades que usted debe de atender antes que un simple...- las palabras del anciano se detuvieron al ver la mirada del Rey que lo desafiaba a continuar su frase - Disculpe mi señor, lo que usted elija es lo que el pueblo necesita - hizo una reverencia con la cabeza y dirigió su mirada hacia adelante. El Rey le sostuvo la mirada hasta que decidió que el tema estaba zanjado, aparto la mirada e insistió en volver a su alegría por el torneo que estaba por comenzar allí en la Arena.

Un joven de poca estatura estaba delante de un gigante de barbas largas y cuernos, el murmullo se extendió por cada rincón de las paredes de piedra y la expectativa crecía todavía más.

- Ese pequeñín no durara ni un segundo contra ese monstruo con hachas jajaja - dijo con un tono burlón el dueño de los caminos de comercio, un hombre gordo y sin pelo su túnica blanca estaba manchada en el pecho de las uvas que comía, el Rey William lo miro y le dio una sonrisa irónica y le contesto mirando a la Arena donde se encontraban los guerreros.

- Te sorprendería ver de lo que es capaz un guerrero cuando su corazón guarda un enorme deseo.

Los guerreros se encontraban enfrentados, la arena que volaba les rozaba las mejillas, pero no lo advertían, sus ojos estaban clavados en los del

otro solo había sed de victoria entre ellos, uno alto y corpulento de barba larga y rubia con un rostro férreo, dejaba escapar una leve sonrisa de confianza, del otro lado un joven de estatura media y flaco, llevaba una espada en la cintura, se podía advertir que la empuñadura llevaba un grabado, ¡un dragón! La cara del muchacho tenía magulladuras y en los brazos algunos vendajes manchados de sangre que cubrían heridas casi cicatrizadas.

- Sabes que morirrrras muchacho! - le decía con esa sonrisa confiada Gregory Russel.

- ¡Ya lo veremos! - ahora era Orion el que sonreía confiadamente.

Cuando la tensión entre los dos podía cortarse con una navaja una voz gruesa interrumpió toda la Gran Arena.

- Para dar comienzo a este Torneo los guerreros aquí adelante nos deleitaran con su destreza y poder, así que ciudadanos de la Gran Ciudad y de sus ciudades vecinas disfruten del espectáculo.

Todos aplaudían las palabras provenientes del anunciador de las batallas, un viejo regordete de contextura pequeña, pero con unos grandes pulmones, ya que su voz resonaba por toda la estructura de piedra.

- Pues ahora - continuó diciendo después de los aplausos - les presentare a los primeros competidores.¡ De la Isla del Bárbaro traído a ustedes por el señor Edemir Ivorg, Gregory Russel el Demonio de dos Hachas- señalo hacia la Arena con el brazo extendido.

El guerrero de barbas doradas grito y fue aturdidor, rugió como solo puede rugir un gigante y levantaba sus hachas en signo de furia, giraba y hacia enloquecer al público, retomo su postura mirando hacia el palco del Rey.

- Y su oponente, un guerrero libre que ha venido a conquistar la gloria de este torneo, con ustedes ¡Orion!

Orion se encontró sin saber qué hacer, por un momento cayo en cuenta en donde estaba y levanto su brazo titubeante que lo retenía la inocencia

de un joven de poca edad, el público esta vez no ovaciono sino que murmuraba, algunos decían "es muy pequeño" "no debe de tener más que trece primaveras" y otras cosas que llegaron a oídos de Orion quien intento no dar importancia a eso, quien repentinamente se mostró muy interesado fue el Rey William quien apoyado en sus rodillas con sus codos y un puño cerrado le sostenía la barbilla murmuraba cosas inentendibles pero una sola fue clara como el sol saliendo por la pradera "interesante" dijo y sonrió.

- Sin más preámbulos que puedan opacar este primer combate ¡Doy por empezado el Torneo del Rey, guerreros, comiencen!

Los gritos se hicieron uno y al unísono otro rugido de gigante junto al zumbido de dos filosas hachas cortaron el aire, Orion no lleo a sacar su espada y se quedó quieto a esperar a Gregory quien iba hacia el con una furia incontrolable.

- ¡Morirrrrrras morirrrras morirrrrrrrras!

Gritaba una y otra vez junto a sus pasos, más de uno podría haber dado la pelea por terminada, cuando la distancia se acorto a unos cinco pasos bajo su hacha derecha como un rayo en una tormenta impactando contra la arena haciéndola levantarse bruscamente, el joven guerrero ya no estaba ahí, se había movido a una velocidad impecable a la vista de un buen luchador, para alguien normal había sido mucho más rápido que el mismo rayo que lo asechaba, cuando el hacha volvió a elevarse, la arena ya casi se había disipado, el gigante busco con su cabeza a todos lados que le permitían sus ojos, pero no encontró nada, giro bruscamente y ahí estaba, erguido, entero, mirándolo como si nada hubiese sucedido, la bronca del guerrero de barbas doradas exploto y con el mismo impulso que antes salió a matar, las hachas atacaron sin piedad una detrás de la otra bajaban ahora como una lluvia de estrellas, Orion esquivaba calmadamente una por una dando saltos hacia atrás manteniendo la distancia para que no lo alcancen los ataques, el público exclamaba suspiros al ver el filo pasar tan cerca del joven guerrero que elegía correctamente sus pasos, de un lado al otro retrocedía sin pausa alguna, la paciencia del enemigo se agotaba con facilidad y su rostro se convertía en "rojo furia".

- Primer paso del entrenamiento! - mientras levantaba el dedo índice

Heldor le hablaba calmadamente a Orion - como sabes tendrás un combate lleno de fuerza bruta, a eso debes sumarle el doble de daño ya que tu enemigo usa dos armas pesadas como estas hachas. En el momento que quieras contrarrestar sus ataques utilizando ataques sin sentido perderás, quiero decir que: fuerza contra fuerza es igual a que... - hizo una pequeña pausa y su voz se volvió firme - mueras. Entonces combatirás velocidad contra fuerza.

Las imágenes y la voz en su cabeza lo alejaron del verdadero combate, Orion recordaba su entrenamiento, veía y sentía con claridad cada uno de los movimientos, aunque sus ojos le mostraban a un gigante de barbas doradas se intercalaban con el rostro duro de su amigo Heldor, por lo menos, él ya lo quería como un amigo, pensamientos que debió eliminar al darse cuenta que el filo del hacha le rozaba la mejilla.

Orion se hallaba en el suelo de la arena de entrenamiento, agotado y herido, frente a él, Heldor llevaba una espada mediana y hablaba pausado pero firme

- Siguiendo paso. Con solo cansar a tu enemigo no ganarás este combate, pequeño, antes que nada, el contraataque que llevaras a cabo debe ser sorpresivo y sumamente certero, en caso de que falles tendrás serios problemas, ahora cuando el este cansado tú debes...

El hacha izquierda zumbaba mientras la derecha caía con gran peso muerto hacia el suelo, Gregory empapado en sudor mostraba grandes signos de cansancio en su rostro y movimientos, Orion hizo un paso hacia el costado y rápidamente el gigante reacciono con un revés del hacha derecha, el joven guerrero se agachó para evitar el golpe y con un paso nuevamente hacia el centro se posicionó delante de su enemigo, se llevó la mano hacia la empuñadura de Dragón Negro, sus rodillas descendieron levemente y el filo de la espada se iluminó con el brillante sol. Heldor caía de espaldas al piso, esta vez la técnica había salido a la perfección y la muestra de esto era un tajo que le recorría de la cintura al pecho, Orion soltó su espada y fue a su auxilio pero lo desconcertó la carcajada del Muro de Gisa.

- ¡Ja ja ja bien echo pequeño, al fin lo has conseguido! - al intentar reincorporarse la herida le hizo recordar que estaba allí con un destello de dolor.

- Lo siento mucho, mi intención no era...

- Ya ya, no te preocupes por esto puedo sobrevivir pequeño ja ja ja.

Orion no pudo evitar sonreír, Heldor había logrado convertirlo en el guerrero que debía ser.

La sangre rocío la arena, y detrás de ella el cuerpo casi inerte de Gregory cayó haciendo un gran estruendo, la gente se quedó levemente en silencio y luego exploto la emoción, los gritos llegaron hasta el cielo y descendieron como un trueno, el victorioso se quedaba en su pequeña humanidad inmortalizado en cada una de las retinas que presenciaron el comienzo del Torneo del Rey.

Orion sacudió la sangre de Dragón Negro y volvió a enfundarla, se acercó hasta el vencido Gregory y extendió su mano para ayudarlo, este la rechazo, se levantó con muchísima dificultad, su postura era la semejanza de un árbol viejo, encorvado y con la mano en la herida ensangrentada hizo un gesto amenazando a Orion quien dio un paso hacia atrás advirtiendo esto, el gigante le tomo la cabeza.

- Tu, tu... ¡Tu sí que errres bueno horrrrmiga! Ja ja ja.

Gregory le mostraba los dientes en forma de sonrisa estos estaban bañados en sangre, Orion se la devolvió, las trompetas sonaron anunciando el final del combate junto con miles de aplausos, en el palco del rey también se dejaban escuchar los comentarios de asombro y de aprobación, el Rey William miro hacia la Arena y la sangre se le alborotaba por todo su cuerpo, la emoción se le escapaba de los ojos y los dedos gruesos apretaban con fuerza el apoya brazos de su silla.

- Parece que tendremos un gran torneo - dijo mientras el rostro se le llenaba de alegría - por todos los dioses, traigan más vino, esto recién comienza- la carcajada y la energía fueron contagiosas, hizo una seña con la mano al anunciador para presentar el siguiente combate.

Capítulo 6

5

La era del amanecer

Nuevos Lazos

El primer combate del Torneo del Rey entre Orion y Gregory había concluido, llevándose el joven guerrero la primera victoria, al salir de la Gran Arena, Gregory fue trasladado hacia el cuarto del médico situado en lo profundo de la mazmorra donde se alojaban los guerreros, el gigante de barbas doradas no presentaba grandes heridas, sin embargo una desatención de ellas podría matarlo en los días venideros, Orion responsable por las heridas causadas, quiso ir a verlo para asegurarse de su atención y también, aunque era muy poco probable por la terquedad de aquel gigante, proporcionarle un poco de ayuda.

Orion caminaba por los pasillos oscuros de las mazmorras, de vez en cuando el techo rugía y dejaba caer rocíos de tierra producto de las instalaciones abismales de la Gran Arena, recorrió cada celda con un paso un poco apresurado, aunque la mayoría se encontraba en la puerta de salida a la arena contemplando los combates, otros estaban allí sentados o acostados en sus celdas, al no poder ir armado, una de las reglas del Rey, dictada por aquel Pip, Orion se sentía inseguro sin Dragon Negro, pero opto por apresurar un poco mas el paso. Al doblar en la esquina que anunciaba el final de aquel pasillo, se encontro con dos guerreros que venian hablando en un tono alegre y hasta podria advertirse un poco de ebriedad en sus entonaciones, cuando Orion los paso, uno de ellos lo miro y le grito.

- ¡Felicitaciones por vencer a ese monstruo!

Este hizo caso omiso de los gritos y siguió su marcha, no sin antes dejar nacer una sonrisa, dejó atrás a los dos borrachos que chocando con las paredes laterales. Nuevamente en el final del pasillo, la sala del médico aparecía, era un cuarto un poco más iluminado, unas antorchas ubicadas en hilera iluminaban las camillas que se utilizaban para atender y dar reposo a los heridos, sentado en una de ellas, Helder bebía de un cuenco que le entregaba un viejo semi encorbado, llevaba solo una manta atada en un hombro y le llegaba hasta las rodillas, de un color musgo o tal vez marrón había perdido su verdadero color hace mucho tiempo, cuando la Muralla de Gisa entregó el cuenco al viejo este balbuceó unas palabras y

se retiró con una cierta dificultad. Orion se acercó hasta que Heldor logró verlo, ambos se vieron felices de encontrarse.

- Ja ja ja mirate pequeño ¡sin siquiera un rasguño!
- Gracias a ti amigo, no hubiese podido hacerlo sin tu ayuda. Por cierto ¿cómo está tu herida? - se notaba un poco de remordimiento en su tono
- ¿Esto? - señalaba sus vendajes y tiraba de ellos - no es nada comparado con lo que le pasó a ese - miro hacia el fondo de la habitación donde se oían gritos y alboroto, cosa de que Orion no se había percatado hasta el momento, se adelantó unos pasos y vio a Gregory forcejeando con el médico quien intentaba aplicarle un unguento en la herida.
- Quitate maldita escorrrrrria!!

Un manotazo llegó a alcanzar el brazo y así hizo tirar toda la medicina al suelo, Orion no pudo evitar reírse y pensaba que no hacía unas horas veía la muerte en las manos de ese hombre que ahora se comportaba como un niño.

- Ja ja ja dejalo pequeño, ven a visitarlo más tarde, creo que está enojado por haber perdido en el primer combate.

Mientras hablaba se colocaba una manta de hierro y encima un chaleco de cuero, cuando se incorporó, levantó los brazos y se tomó el hombro izquierdo con la mano opuesta y comenzó a girar el brazo, en algunas vueltas la cara se le tornaba de dolor.

- Bueno creo que ya va llegando mi turno de salir a combatir.
- Pero tus heridas no están sanas completamente, ¡creo que deberías descansar un poco más!
- ¿Y perderme el comienzo del torneo? Ja ja ja algunos solo no tenemos opciones pequeño, además no puedo decepcionar a mi espada, le prometí un poco de sangre ja ja ja

La risa resonó por toda la habitación mientras el Muro de Gisa se alejaba por el pasillo, los pasos retumbaban en la piedra y la silueta se fue alejando con la sombra, Orion miró nuevamente al agitado Gregory, dudó, pero optó por seguir el consejo de su amigo, corrió también por los pasillos pero no llegó a alcanzar a Heldor solo vio su espalda saliendo por la Puerta de la Arena, se acercó a ella y se aferró a los barrotes para no

perderse ningun detalle y los oidos se le llenaron de murmullos.

- Es el Muro de Gisa - dijo un arapiento guerrero
- Dicen que una vez arranco la mitad del cuerpo de un hombre con su mandoble - dijo otro.
- Ese mandoble del que hablas es legendario, el Muro lo llama, Rayo de Luna, dicen que fue forjado con un metal extraido de unas rocas en forma de luna.

Orion escuchaba atento y se sorprendia con cada palabra que escuchaba. Mientras miraba a Heldor quien ya casi llegaba al centro de la Gran Arena pensaba que tal vez el solo conocio una pequeña fraccion de poder del cual dispone su amigo, recuerdo que cuando habia combatido con él, no llevaba aquel mandoble, en su lugar tenia uno comun y corriente. Las presentaciones dieron su comienzo, el enemigo de Heldor era tambien un atiguo guerrero que ya habia competido en otras ocasiones, por lo menos eso decian los guerreros que estaban en la puerta de salida, llevaba una mascara que solo dejaba ver los ojos, en su mano derecha un tridente color plateado, se veia realmente amenazador, proveniente de la Ciudad de Fuego representaba a un Señor que era bien conocido por las pieles de su ciudad, comerciaba con ellas y su nombre le daba mas gerarquia dentro del mercado.

"Comiencen" grito la voz del anunciador mientras los gritos de la Gran Arena se hacian escuchar, al mismo tiempo que esto sucedía, el enmascarado emprendió su ataque, el tridente giro en el aire sobre sus dos manos, mientras daba pequeños pasos hacia adelante, Heldor tomo su espada con ambas manos, pero no se movió, el enemigo vio la oportunidad, tomo su arma y dirigio las puntas plateadas y afilas hacia el cuello del Muro de Gisa, a solo un palmo del objetivo el tridente se detuvo, un fuerte estruendo hizo callar a todo el lugar, el mandoble habia impactado contra la cara del enmascarado pero no el filo sino el ancho de la hoja, la fuerza del golpe hizo que los pies del adversario se levantaran del suelo y lo sacaran despedido, pero el vuelo no profundizo demasiado ya que con el brazo derecho extendido se clavo en el cuello del enmascarado cambiando su curso y dejandolo boca arriba en el aire, el brazo siguio su curso y la mano se junto con la otra en la empunadura de Rayo de Luna, Heldor giro con todo el cuerpo en una media vuelta con mucho impulso, ya completada, el mandoble bajo con un tajo cruzado muy potente haciendolo estrellar contra el cuerpo y este contra el suelo. En un sin cesar de gritos de emoción, la gente desde sus lugares llenaba de locura la Gran Arena, aquel habia sido hasta el momento el mejor combate que se habia presenciado y tan solo duro unos cuantos minutos, Orion quedo sumamente asombrado ante tal demostracion no podia creer con el poder que contaba su amigo y las dudas le llenaron la cabeza. ¿Realmente conocia a aquel que creia conocer? O solo habia visto una pequena parte, casi diminuta, de Heldor el Muro de Gisa.

El anunciador dio por terminado el combate y con él, el fin de la jornada, los combates habían terminado, sin darse cuenta, a la mayoría de los presentes el tiempo los había traicionado el sol se acostaba sobre el oeste y el naranja se había apoderado del cielo, al retirarse el Rey William se abrieron las puertas de salida y la gente comenzó a evacuar el lugar, al día siguiente volverían a reunirse allí para nuevos combates.

Heldor llegó a la puerta de salida, las rejas se levantaron y los guerreros que habían estado allí observando el combate, victoriaron la entrada del vencedor, algunos palmearon la enorme espalda otros agitaban su puño en signo de aprobación, Orion se quedó allí a un costado Heldor lo encontró con la mirada y le esbozó una sonrisa, quien se la devolvió con la misma intensidad, también allí comenzaron a retirarse, los más resagados se quedaban comentando sobre los combates anteriores, algunos imitaban movimientos, otros se burlaban de algunos guerreros de poca experiencia, a Orion le pareció ver una imitación de la cara de Gregory cuando el "Guerrero Libre" así fue como escuchó que lo llamaban, había atacado sorpresivamente y lo había derrotado en el primer combate, no pudo contener la risa cuando vio la imitación de su propia persona, cosa que llamó la atención de los humoristas, esto le provocó una cierta vergüenza y se fue del lugar, comenzó a buscar a Heldor pero se dio cuenta que su amigo ya había salido de ahí, recorrió los pasillos de piedra, ahora, atestado de gente, llegó al comedor y se quedó en la puerta buscando con la mirada, la cerveza de malta y el vino era lo único que se estaba sirviendo, algunos cantaban canciones de sus pueblos, otros reían a carcajadas en pláticas sin sentido, el estruendo de cuencos cayéndose y el aboroto de una pelea que comenzaba y terminaba con la misma rapidez, siguió el camino de piedra hasta su celda para ver si allí estaba y así era, sentado en su cama, Heldor cambiaba los vendajes que le cubrían la herida que ahora parecía peor que antes, Orion se debatía si debía entrar, tal vez su amigo necesitaba un poco de tranquilidad luego de su combate.

- No creo que estes comodo ahí afuera.

La voz gruesa de Heldor sorprendió al joven guerrero.

- Disculpa no queria molestarte.

- ja ja ja no me molestas pequeño, ademas tambien es tu celda ¿verdad?

Orion asintió con una sonrisa y camino hacia adentro, se sentó en la cama de en frente.

- ¿Te duelen las heridas?

- Solo se abrieron un poco, nada grave.
- No recuerdo que algún ataque te haya alcanzado, sin embargo, se han abierto.

- Tienes buena vista pequeño, en realidad la culpa es mía, veras, Rayo de Luna es muy fuerte es de un material irrompible, pero a su vez, es muy pesada, creo que girar con tanta fuerza hizo que los puntos explotaran ja ja ja. Tras su risa el movimiento le provoco dolor y lo hizo toser, Orion quiso socorrerlo, pero Heldor lo paro con un gesto de la mano - Sanare, esto no es nada para el Muro de Gisa. - sonrió y volvió a toser.

Ambos se quedaron en silencio de fondo se escuchaba el bullicio del comedor, mientras Heldor terminaba de cambiar los últimos pedazos de venda, Orion se perdió en sus recuerdos, recordó a Mary y a la posada, realmente extraña su hogar, no había tenido suficiente tiempo para pensar en ello.

- Parece que algo te molesta pequeño, tal vez ¿alguien querido?
- Si, mi... Madre - la duda fue fugaz en su cabeza pero en su corazón no dudo en ningún momento - jamás pase tanto tiempo fuera de mi casa, solo una vez en la séptima primavera de mi amigo Joud, fuimos a cazar "luciérnagas del río"- una risa le invadió la cara - Mary, quiero decir, mi madre se enojo mucho, nos castigaron casi todo el otoño - la sonrisa se torno en nostalgia - extraño hasta los gritos de mi madre retándome, creo que hasta lavar los platos, vivimos en una posada - explico a Heldor quien le prestaba atención con una sonrisa de complicidad - a la afueras de La Gran Ciudad, es un pueblo muy pequeño se llama Wash, vienen muchos viajeros que traen historias de todo el reino.
- Parece un buen hogar, pequeño.
- ¡Lo es! En primavera los árboles del bosque del oeste florecen y le dan mucho color al cielo y en verano las "luciérnagas del río" danzan arriba del agua y se multiplican en miles es todo un espectáculo.

Orion se vio haciendo ademanes y gesticulaciones con las manos, realmente se había entusiasmado, recordaba cada color, cada olor y textura de su pueblo, no había rincón que no conozca. Se avergonzó al ver a Heldor reírse de su pequeña actuación.

- Disculpa me fui por las ramas.
- No tienes porque disculparte pequeño, al contrario, es bueno saber de alguien que ama su hogar, mayormente suelo relacionarme con mercenarios o exiliados, que al contrario de ti, quieren estar lo mas alejado de sus tierras.
- ¿Y que hay de ti?

- ¿De mí?- se quedó pensante como si hacia tiempo que no se preguntaba eso - yo soy solo un guarda espaldas pequeño.
- ¿Y no extrañas tu hogar? - mientras las palabras salían de su boca se retractaba en el camino - lo siento no quiero ser entrometido.
- No te preocupes, mira, mi hogar - hizo una pausa- quiero decir el lugar donde nací, se llama Roondhood, mi padre - el tono de su voz cambio repentinamente y se volvió sombrío - tenía unas tierras en las cuales yo trabajaba ahí, en las primeras primaveras de mi vida, en Gisa hay que pagar tributo al señor, en este caso Khal Fauste, como mi padre no pudo pagar sus deudas con él, mi señor Fauste tuvo que quitarle las tierras, en el afán de no perder sus posesiones, vendió parte del ganado para pagarle, pero como no era suficiente me dio como parte de pago, así fue como llegue a la casa de Khal Fauste, una posesión más.
- Lo siento mucho.- Orion notaba que aquel recuerdo no era nada grato.
- A diferencia de la herida que me causo tu espada, la otra ha sanado hace mucho tiempo.

Ambos quedaron en silencio como dejando que las ultimas palabras escaparan por las paredes de piedra y esta vez quien rompió el silencio fue Orion.

- Yo no conozco a mis padres - las palabras salieron sin ser pensadas antes, como si la confesión estuviese esperando salir en cualquier momento - nunca supe de ellos, ni quisiera saberlo a estas alturas, ellos me abandonaron cuando solo era un bebe, Mary me contó que estaba en una canasta a orillas del río oscuro, ni siquiera una carta o algo que diga quienes eran ellos y porque me dejaron ahí. Lo único bueno de todo eso es que conocí a Mary quien me cuida siempre, gracias a ella estoy hoy aquí, me ayudo en el primer paso hacia mi sueño.
- ¿Y cual es ese sueño tuyo, pequeño?
- ¡Quiero convertirme en un Héroe! ¡Y proteger a otros como yo!
- ja ja ja te miro y eres un niño, cierro los ojos y escucho a un hombre.
- No.... sé que... decir.
- ja ja ja ¡definitivamente eres un niño!

Ambos rieron y se sintieron mejor, aquel día había sido lo suficientemente largo y ambos notaron el cansancio en sus cuerpos. Orion se acostó en su cama y se quedo mirando el techo.

- ¡Pequeño! - Heldor lo miraba de pie y le extendió su mano, Orion se levanto también, miro a la mano y luego a los ojos, al mismo tiempo que sonreía con su mano tomo el codo de su amigo y él, el de Orion, ambos sonrieron y Heldor volvió a hablar.

- ¡Nunca olvides los lazos que creas! A veces es lo que nos hace humanos.

Orion asintió, aquellas palabras le llegaron realmente y pensó que así era y debía ser, el apretón termino y ambos volvieron a sus camas

- Helder, ¿tú crees que lo lograré? Quiero decir convertirme en Héroe.
- ¡Tu escribes tu destino, Pequeño!

El día tardo en llegar, como si la noche fuera complice de los guerreros queriendole dar mas tiempo para que descansan, Orion se despertó con los primeros rayos del sol, aunque era muy difícil divisar el tiempo en las mazmorras algún hilo de luz se filtraba por las aberturas en las rocas, cuando se despertó en la habitación estaba solo, se adentró en los pasillos en dirección al comedor, como era de esperarse, había muchos guerreros desmantelados por encima de las mesas y el piso, un escenario para nada desconocido para Orion, él fue criado en una posada. Siguió su camino hacia la armería, cuando llegó allí, vio a Dragon Negro entre las demás espadas, brillante y reluciente, miró para todos lados en busca de alguien, pero no escuchó ni vio a nadie y como el armero no estaba presente se adelantó, tomó su espada y una piedra de amolar, comenzó a afilarla, el filo de Dragon Negro era impecable, aquello era solamente para mantenerla cuidada, "no hay nada mejor para tu espada, que un buen filo" alguna vez se lo había dicho un guardia real en El Paso mientras bebía su quinto jarrón de vino. De repente un viejo flaco con ojeras, con el pelo enmarañado, llevaba unos guantes sucios y un delantal todavía peor, se acercó hacia donde estaba Orion, miró la espada con detenimiento y exclamó un alarido de sorpresa.

- Increíble, increíble ¡oh si si!

En los ojos del viejo se notó un destello, quiso acercarse y tocar la espada, pero Orion lo detuvo en la marcha.

- ¿Quién es usted? ¿Qué quiere con Dragon Negro? - el tono de su voz fue un poco más brusco de lo que hubiese querido, pero el viejo estaba tan absorto por la espada que prosiguió con su intriga.
- ¡Tú niño! - lo miró a Orion y este notó sus ojos verdes en la cara arrugada por la edad - ¿dónde has conseguido esa espada?
- ¡Es mía! - no quiso entrar en detalles, había tomado una postura defensiva.
- Oh ¡si si! ¡Claro! ¡No quería decir lo contrario, por supuesto que no! -

mientras negaba con la cabeza también hacia ademanes con las manos abiertas en signo de negación - en ningún momento quise tomarlo por ladrón, no no mi señor.

La palabra señor le sonó muy mal a Orion, estos últimos días se había topado con esa palabra más de una y no le gustaba que lo llamaran de esa manera.

- No soy señor de ningunas tierras mi hogar es en el pueblo de Wash.
- Oh ino no! Lo siento lo siento mi se... Lo siento no era mi intención, es que eso mi señor es acero de Lyn.

"No soy señor, pero debe de ser su naturaleza llamar a las personas así" pensó Orion.

- Si, es acero de Lyn me lo dijo el hombre que me la vendió.
- Dices no ser Señor, pero tienes cinco mil monedas de oro para pagar una espada de estas, pues eso es raro mi señor.
- Te he dicho que no soy ningún señor, ¡y sí! ¡El armero que me la vendió solo me cobró treinta monedas de oro!

La sorpresa en la cara del anciano se volvió inconfundible, estaba realmente sorprendido.

- Pues es usted muy afortunado mi señor, tal vez la espada os ha elegido, ¡mi señor!

Orion miró la espada, la recorrió de arriba hacia abajo, sintió como si le transmitiera algo, algún tipo de cosquilleo, no podría haberlo explicado, pero le nació de la palma de la mano hasta los pies, el viejo rompió la ilusión.

- Mi señor - se acercó un poco más a Orion, esta vez este no retrocedió - me dejaría, solo si usted lo permite, examinarla claro.

Metió su mano huesuda y arrugada en la bolsa del delantal, de allí sacó unos anteojos deteriorados un vidrio, estaba totalmente empañado y la otra tenía una grieta, Orion se preguntó si realmente vería mejor con

aquellos lentes. Se quedo dubitativo pero accedió, dejo la piedra de amolar en el suelo y se levantó, hizo girar la espada para tener la hoja del lado del piso y extendio el brazo para entregarle la empuñadura al viejo quien ya la esperaba con los brazos abiertos, la tomo y apoyo la afilada hoja sobre su mano izquierda, la levanto y la puso a la altura de su nariz, entreceño un ojo y la examino detenidamente.

- Excelente acero isí sí!

Prosiguio con su examen y con el dedo índice, lleno de callos, paso por el dragón grabado en la empuñadura, aquel tenía la cola enroscada en el mango y del pomo extendia sus alas y cabeza, sus ojos llevaban un rubi en cada uno, realmente era una espada sorprendente. Giro nuevamente la espada y la clavo en el piso con una rapidez poco vista en un hombre de su edad, volvio a meter la mano en el bolsillo del delantal y saco un frasco polvoriento, quito el corcho que lo tapaba y tiro un poco del polvo gris que contenia en su mano, guardo el frasco y tomo la espada enterrada, rocío la hoja con aquel polvo y dio dos tajos al aire, no como si intentara cortar, sino mas bien como cuando alguien intenta secar la tinta de una hoja, examino la luz del lugar y se coloco donde estaba mas iluminado, dio unos pasos y exclamo con el mayor asombro.

- Mi señor venga a ver esto.

Orion se acerco hacia el viejo, este le hizo señas que se posicione a su lado y estiro la espada para que este al alcance de la vista de ambos y en el nacimiento de la hoja aparecio un grabado:

“Mitry il Diore”

- Esto mi señor es el grabado del Clan del Martillo!

Orion habia oido hablar de ellos, en la antigua Lyn, "La Ciudad de las Estrellas" un grupo de jovenes herreros tenian la ilusion de crear armas únicas, se volvieron famosos cuando cinco de ellos formaron el Clan de los Martillos, cada uno habia creado un arma unica a la cual se le sumaron aficionados que intentaron crear armas con los insumos menos pensados, algunos llegaron muy lejos al querer forjar con huesos humanos, problema al cual le adjudicaron al Clan, fueron echados de la "Ciudad de

las Estrellas" para siempre, pero no los detuvo el deseo de la creación, muchos guerreros y reinos de aquella época solicitaron sus servicios y muchas armas de todo tipo fueron creadas para ellos, algunas inmortalizadas por las grandes canciones y otras olvidadas por el tiempo y la tierra.

- La marca - Orion estaba sorprendido, paso un dedo por el grabado y vio como una nueva marca aparecia en la hoja.

" E.D. "

El anciano exclamo un grito ahogado de sorpresa, vio que Orion estaba sorprendido, pero desentendía la situación al cual procedió a explicar.

- E.D. Mi señor, significa Edemir Drille.
- Edemir Drille - repitió Orion con misterio.
- Edemir Drille, mi señor, fue un herrero muy popular entre los devotos del Clan del Martillo, se especializaba en espadas de todas las medidas, su particularidad era implementar los... ¿Cómo os digo mi señor? Los elementos de la tierra para sus creaciones.
- ¿Elementos de la tierra?

El anciano se alejo de Orion y se dirigió hacia el horno de barro en el cual preparaban el fuego para la forja, avivo el fuego y con unas pinzas tomo un leño ardiente.

- A esto me refiero mi señor.

Tomo a Dragon Negro con su mano derecha y corto el leño en dos, este divio las flamas, las lenguas rojas naranjas y amarillas se unieron para recorrer la hoja de la espada dandole vueltas alrededor, era como si la espada absorviera las llamas, el anciano la levanto y el fuego la siguió, Orion quedo atónito, primero pensó que la espada iba a desacerse en cuanto se enfriara, que iba a perder su forma, pero esta estaba intacta, en un destello de luz, el fuego que la envolvía se fue esfumando.

- Por lo visto, mi señor, esta arma esta conectada con el mismo fuego.
- Increíble.

- No puedo decirle más sobre su espada, mi señor, pero si alguna vez visita a mi maestro en la Gran Ciudad el sabra contarle más.
- ¿Dónde vive su Maestro, Señor?
- Oh no no, no debe llamarme señor no merezco tal honor, mi señor. Mi maestro tiene su armería al este de la Plaza Principal, pregunte por Francis, sabran responderle por su ubicación.
- Muchas Gracias señor..., aun no me ha dicho su nombre.
- Mi nombre es Trou y soy el herrero de La Gran Arena, mi señor, y disculpe que sea insistente, mi señor - el anciano hizo una reverencia con la cabeza - pero no merezco tales honores para ser llamado con tales títulos.

Orion lo miro le devolvio una sonrisa y le tomo un hombro con la mano.

- Yo tampoco, sin embargo, tu nunca dejaste de hacerlo - salio corriendo por el pasillo de piedra y antes de salir por la puerta recuerdo algo - ¡Un gusto en conocerte Trou! Te encargo a Dragon Negro.

Y salio por la puerta de la armería, le habían dejado bien en claro que una vez entrado en las mazmorras no se podia llevar ningun tipo de arma y mucho menos salir de ella, asi que tuvo que esperar para realizar la visita al herrero Francis para que le cuente mas sobre Dragon Negro, cosa que habia invadido todos los pensamientos de Orion. Antes de la media mañana el joven guerrero habia decidido ir en busca de su amigo Heldor, volvio hacer una recorrida por todo el lugar, el comedor, las celdas, la enfermería, el patio de armas y el de entrenamiento, pero no habia señal del Muro de Gisa, por lo cual decidio ir a su celda y descansar, por lo menos hasta el mediodía, recordó los hachazos del gigante Gregory y como Dragon Negro mordía la carne, repaso cada palabra con el herrero Trou y vio a su espada absorber el fuego, camino por el camino de tierra y vio a Mary en la puerta de "El Paso", luego la oscuridad absorvio todo y fue reemplazada por un sueño completamente distinto...

El tiempo paso sin mesura, cuando Orion quiso darse cuenta guerreros, armeros y escuderos fueron llegando, uno por uno pasaban por los pasillos apresurados, lo cual hizo que Orion se levantase rapidamente y fuera a la armería con todos los demás; cuando llegaron allí cada uno miraban las armas y las elegian para sus proximos combates, en el dia se disputarian las peleas restantes, Heldor y el ya habian pasado a la siguiente ronda, no estaba seguro de quienes mas lo habian echo, ya que solo habia visto el combate de su amigo, pero hoy, queria ver a que se deberia enfrentar mas adelante.

La hora de los combates se acercaba, se empezaba a escuchar el rugir de emocion de la gente, pero antes de ir a la puerta de salida de La Gran

Arena, Orion paso por el comedor tomo un cuenco con caldo y se sento en una mesa alargada casi en el centro de la habitación, sacio su hambre y se retiro del lugar, de un momento a otro sonaron las trompetas que daban comienzo a los combates, corrio hasta la armeria y de alli a la puerta de salida, paso entre muchos guerreros que lo maldecian por correr, cuando llego a la reja y se aferro a ella vio como la arena brotaba por los aires, el torneo habia iniciado su segunda ronda.

Afuera, en la Gran Arena, un guerrero con un chaleco de cuero y un casco en punta, envestia a su enemigo con una masa gigante en las manos, su contrincante se defendia con su escudo y cuando podia contraatacaba con una lanza, varias veces paso muy cerca de conectar su golpe, hasta que el de casco en punta logro romperle el yelmo de un mazazo que hizo emocionar al publico en sus asientos, estaba igual de lleno que el dia anterior y hasta se podria decir que mas emocionados, en el palco del Rey, estaban las mismas caras, el Rey William, estaba vestido mas informal que el dia anterior, esta vez llevaba una camisola plateada de cuello cortado el cual se abrochaba con dos martillos dorados, disfrutaba de una copa de vino mientras observaba el asalto, se podria decir que estaba muy a gusto, Orion tambien lo estaba, disfrutaba ver un combate, siempre se pregunto como seria estar en la arena y el dia anterior lo habia vivido en carne propia, cuando sus pensamientos empezaron a irse, lo sorprendio el final del combate, en el piso yacia el casco en punta y unos metros mas atras su dueño, con la cara ensangrentada y llena de arena. El guerrero de la lanza agitaba sus manos hacia arriba proclamando su victoria, su enemigo no quiso darse por vencido, se levanto como pudo, tambaleándose, quiso tomar el martillo y las fuerzas lo abandonaron, ya no habia por que luchar y ahora el publico enloquecía, el combate había terminado.

La tarde transcurrio debidamente sin ningun sobresalto, cada confrontacion tuvo su debida emoción, un guerrero había vencido unánimemente a su enemigo con una tecnica de doble espada que a Orion le parecia fascinante, otro había ganado injustamente según su criterio, después los demás combates habían sido solo aceptables para él, ya casi cayendo la tarde se anuncio el ultimo combate del día, cuando estaba a punto de comenzar escucho que todo el mundo estaba emocionado, el publico gritaba algo que a oidos del joven guerrero era poco entendible, cuando la voz del anunciador interrumpe la ovación.

- Querido pueblo - la voz era gruesa y clara con bastante potentencia - el Rey William se complace en presentarles iel ultimo combate de la seccion de eliminatorias!

El publico grito, aplaudio y se descontrolo de la emoción, todos estaban sumamente entusiasmados, mientras que la voz volvio a intervenir.

- Desde lo mas alto de las Torres de Bron, Lord Harris nos trae a nosotros el destructor, el mutilador, el mil hojas... Miltrar, El Destructor.

En la Arena apareció un guerrero flaco vestido muy extrañamente, en su vestimenta predominaba el negro, llevaba una mascara que le cubría la mitad de la cara, esta tenia forma de demonio con un cuerno afilado en la frente, sus brazos tenia unos guantes con puntas en forma de astas, al igual que unas botas con canilleras de la misma índole, en sus manos, llevaba garras de un acero muy afilado a simple vista, del cinturón le colgaba una espada corta enfundada y llevaba puesto unos pantalones de cuero oscuro, con el torso desnudo y lleno de cicatrices. Levantaba sus manos y daba gritos amenazantes, se podía ver unos dientes todos podridos en una boca también con cicatrices.

Orion pensó que se veía muy grotesco y tenia una cierta energía maligna, lo que lo llevo a pensar que no conocía nada de las Torres de Bron, si habría escuchado algo seguramente era algo de su aspecto, ya que si todos sus hermanos se veían iguales no era algo que se podría pasar por alto. Un guerrero que se encontraba al lado de Orion miraba fijamente a Mitral, el joven guerrero no pudo contenerse y su curiosidad dio rienda suelta a su lengua.

- Pareciera como si tuvieras algo con ese hombre. - quería sonar seguro, tal vez se había esforzado mas de lo que ameritaba la situación.

- Mitral... - susurro el guerrero- ese maldito - la ira recorría sus ojos - en el torneo pasado me causo una herida, más allá de la carne cortada.

Orion vio como el rostro de aquel hombre estaba desfigurado en su lado izquierdo, llevaba marcadas las cuchillas de aquellas garras de acero.

- La humillación, la derrota, no pude tolerarlo en aquel entonces, pero ahora mi orgullo ha sanado y mi vergüenza se convirtió en venganza.

Orion miro al guerrero y luego a Mitral, parecía un luchador despiadado, su imagen lo delataba, estaba muy intrigado, "hay guerreros que ni siquiera conozco" pensó, una mezcla de emoción y miedo recorrió su cuerpo, detrás suyo había otras dos personas hablando sobre aquel hombre, El Destructor.

- Viene de las Torres de Bron, dicen que es un lugar muy sombrío - hizo una pausa y prosiguió - se dice que son cinco torres de las cuales constan de doce pisos, en la cima de cada una vive un Señor de la Torre, se dice

que los mas carenciados viven en los pisos inferiores y que los Dioses se han olvidado de esas tierras, son despiadados, la muerte es la única opción entre los muros de roca de las Torres de Bron.

Orion había quedado fascinado por lo desconocido, aunque pensaba que el mismo tenía una vida poco afortunada, el pensamiento se desmoronaba al escuchar tales tragedias.

El anunciador carraspeo, volvió a hablar con la voz grave y potente.

- Y su contrincante, proveniente de las Ciudad de las Rosas - el público anticipándose comenzó a victorear el nombre de aquel guerrero - el conocido por todos, "El Señor del Rayo" Sir Samael Shard.

Del lugar opuesto de la arena por la que había salido Mitral, salio un hombre flaco y alargado, con el pelo rubio y largo atado con un pañuelo, las facciones de la cara eran puntiagudas incluso su nariz, sus ojos eran color verde al igual que su armadura con tajo en cruz, los bordes de las mismas llevaban un color escarlata, con una espada corta colgada de su cinturón y un látigo del lado derecho. Llevaba una rosa en la mano y la sostenía hacia arriba en signo de presentación mientras avanzaba hacia el centro de La Gran Arena.

Esta vez nadie necesito decir nada para reconocer a aquel guerrero, Sir Samael Shard era proveniente de La Ciudad de las Rosas caracterizada por estar cubierta de plantas con frutos de rosas altamente venenosas, se dice que uno debe de ser invitado a tal ciudad, si así no fuese, aquellas plantas entran en modo de alerta y desprenden una nube toxica que podría paralizar hasta a el hombre mas fornido. Lo llamaban el Señor del Rayo destacando su velocidad y la capacidad de poder paralizar a su oponente, varias veces participe del Torneo del Rey, era el favorito de la gente, dos veces campeón del mismo, menos el año anterior el cual tuvo que retirarse para ponerse al frente de su ejercito quien detenía la avanzada de un pueblo rebelde al norte de sus tierras, pero esta vez estaba de vuelta para consagrarse campeón.

La voz del anunciador resonó por última vez.

- ¡Que el combate final de las eliminatorias comience!

Capítulo 7

6

La era del Amanecer

El Torneo del Rey

El salón comedor estaba abarrotado de sirvientes que acomodaban el lugar, las criadas llevaban y traían todo tipo de utensilios, jarrones llenos de vino, agua cristalina, masetas con plantas de distintos tipos y las colgaban por la habitación intentando ordenarlas para darle color aquellas paredes de piedra, el lugar contaba con una gran alfombra de color mora con bordes dorados desplegada por debajo de la mesa rectangular de una madera muy fina, sobre ella un mantel de seda de color plateado, los platos, los cubiertos y las copas eran de plata, en la cabecera de aquella mesa se encontraba la silla del Rey con el respaldo más ancho y con terminaciones en punta, se diferenciaba de las demás que eran redondeadas y sus colores haciendo juego con la alfombra, el aterciopelado era de color mora y las demás dimensiones de un dorado muy brillante.

Tras el bullicio de la gente que entraba y salía de la habitación, las órdenes de Pip se hicieron escuchar.

- Traigan vinos del sur, el Rey los prefiere.

Un sirviente asintió con la cabeza y salió a toda velocidad hacia la cocina, Pip con un pergamino en la mano, miraba detenidamente cada detalle de la habitación y anotaba algo con su pluma; estaba vestido de una manera muy formal, con una túnica de color gris que se extendía hacia sus rodillas, con los bordes del cuello y las mangas de color blanco, el chaleco color negro llevaba unos pequeños botones dorados y los pantalones de cuero del mismo color oscuro.

- Coloquen un juego de cubiertos más - ordeno nuevamente - el Rey ha decidió traer otro invitado.

Paso a observar cada uno de los platos puestos en sus lugares para

corroborar que todo este impecable, se movía con rapidez y a veces parecía estar flotando en el aire mientras seguía anotando en su pergamino.

Cuando el lugar estuvo listo, los estandartes colgados de las paredes con la marca de los martillos cruzados, insignia del Rey el cual el mismo había impuesto, así como sus antecesores, la sala estaba impecable para el transcurso del banquete que se estaba por celebrar, había solo diez lugares en aquel salón, es decir nueve invitados que el Rey había propuesto para aquella ocasión, delante de las paredes de piedra estaban parados en fila cinco sirvientes tres mujeres mayores de unas cincuenta primaveras, vestidas con trajes negros y blancos, vestimenta dispuesta solo para aquella ocasión, sus compañeros, un hombre grande y canoso, también de unas cincuenta primaveras, ordenaba desde su lugar al joven que le seguía, un niño de trece primaveras recién cumplidas le costaba mantenerse derecho y firme, cosa que el mayor lo corregía con un codazo en las costillas, en la puerta de entrada, el señor Pip esperaba la llegada del Rey, mientras con su mirada analizadora se fijaba hasta en el último detalle. Las botas comenzaron a resonar por los pasillos, el Rey William con su escolta personal, un Guerrero del Rey, más precisamente la tercera Espada del Rey, Sir Fredric el cual era un hombre robusto, no tanto como el Rey William quien le llevaba una cabeza en estatura, tenía la cabeza a medio pelar con unas franjas de pelo a los costados de la cabeza y la calva en el centro, siempre llevaba atado el pelo de los costados formando una pequeña cola de caballo. Las Espadas del Rey, llevaban todas las mismas vestimentas, una armadura blanca de pies a cabeza, con la insignia de su rango, en el caso de las Espadas del Rey, dos espadas estaban cruzadas en el pecho del yelmo con un color rubí muy intenso. Detrás de ellos, Lord Romic el anciano traía puesto una túnica larga color marrón y debajo otro color blanco, traía un collar redondo con la insignia de su casa, un hombre con la espada en sus hombros sentada en una piedra. Su paso era lento ayudado por un bastón con el mango de oro. A su lado Sir Pheliat traía consigo un chaleco marrón y una camisola blanca, unas calzas también marrones hacían juego con el chaleco, había adornado su cuello y muñecas con cadenas de distintos materiales, en una de ellas, se veía el barco con las velas altas y blancas en representación de su estandarte. Detrás, Lord Marwin Señor de la Ciudad del Fuego, su túnica roja y naranja era larga hasta los tobillos y abotonada en cruz, era un hombre mayor con el pelo y los bigotes poblados de canas, detrás de su túnica en un círculo llevaba los volcanes, insignia de su casa; a su derecha, vistiendo una armadura ligera con el negro como distintivo, Lord Xiant un hombre de rasgos duros, con el pelo largo y blanco atado en la punta, amo y señor de unas de las Torres de Bron, traía una capa también negra, donde la torre se alzaba imponente en su espalda, para cerrar las filas, los escuderos de cada uno de estos venían detrás todos vestidos elegantemente para aquella situación.

Cuando estuvieron a pocos pasos de la puerta del salón comedor, esta, se abrió instantáneamente, Pip los esperaba con la cabeza gacha en signo de reverencia, todos entraron y los mozos se pusieron en marcha, en ayuda

de aquellos que llegaban, corrían las sillas y comenzaron a servir la mesa en la cual se iban acomodando, en la cabecera de la mesa se sentó como era de esperarse el Rey William, cuando este se sentó se dirigió a Pip.

- Lo siento Pip, pero los demás invitados no van a concurrir, solo falta...

Y como casi interrumpiéndole, Sir Samael Shard entro al salón.

- Disculpen el retraso mis señores, Rey William.

Hizo una reverencia y espero que lo ubicaran en la mesa, llevaba puesto un chaleco largo de color verde, con un jubón color escarlata, las calzas negras y los zapatos también color verde, llevaba el estandarte de la rosa con espinas en la parte superior del pecho a la derecha y en su lado izquierdo una pequeña rosa. Una vez sentado las puertas del Salón Comedor quedaron cerradas, los mozos comenzaron a servir el banquete, en el centro de la mesa colocaron un cordero con salsa bien asado, una entrada de deliciosos manjares y alguna que otra fruta seca, Pip se quedó allí al lado de la salida corroborando de que todo vaya bien, de vez en cuando daba alguna indicación y se quedaba anotando en su pergamino.

- Felicitaciones por su victoria, Sir Shard - el anciano fue el primero en hablar

- Oh por favor, llámeme Samael, Lord Romic, muchas gracias, debo decir que mi contrincante ha sido muy diestro y ha estado cerca de vencerme.

Lord Xiant bufo y hablo con tono brusco

- Ese Mitral ha sido un niño de pecho, tuviste suerte al no enfrentarte con mi muchacho, uno de mi torre, o conmigo mismo joven señor - termino su frase con una sonrisa irónica.

- Estoy seguro que está en lo correcto Lord Xiant. Sin embargo, me gustaría encontrármelo en la Gran Arena alguna vez.

La burla de Sir Samael no fue bien recibida por Lord Xiant quien hizo ademán de pararse a replicar, pero el Rey William lo detuvo con la palma de la mano e hizo que se sentara.

- Samael, realmente has tenido un gran combate - los ojos del Rey destellaban - ojalá pudieras encontrarte con mi maza, o tu Xiant.

El Rey era muy malo para los títulos, rara vez llamaba a alguien por sus honores, sin embargo, los más conocidos sabían de esta carencia y la pasaban por alto, viniendo del Rey no significaba una falta de respeto.

- Aun así, mis Señores creo que este año, tenemos un grupo de guerreros bastante prometedores - Lord Romic hablaba pausadamente y todos lo escuchaban con atención - esperemos tener una buena cosecha.

Cada año en el Torneo del Rey se seleccionaba a algunos guerreros y se los ponía en las filas de la Guardia del Rey, este año se iba a tomar a un guerrero para formar parte de la propia escolta del Rey.

- Así es, esperemos que tu regreso Sir Samael sea para mayores logros - decía Lord Marwin mientras se llevaba un bocado de cordero a la boca. Lord Xiant bufó en forma de burla, pero Samael lo ignora completamente, esto lo hizo enojar mucho más al Señor de la Torre.

- Aunque hay dos guerreros que me han llamado mucho la atención - Romic se llevó la mano hacia la extensa barba blanca y la estiraba hacia abajo - Primero, al que llamaban el Muro de Gisa.
- Heldor - dijo Sir Pheliat por primera vez en la noche.
- Ese, ese - reafirmo el anciano - su combate duró, exactamente lo que debió durar y su defensa fue digna de su apodo.

Todos parecían concordar, el único que no daba señal de atención era Sir Samael quien estaba sumergido en su plato, distraído.

- Habría que darle mucho más mérito - dijo el Rey, serio - aquel Heldor tenía heridas en su cuerpo.

Todos le dieron la razón al Rey y no se mostraron sorprendidos, como si ya se habrían dado cuenta, la verdad era que ninguno pudo percatarse de tal cosa.

- Y el segundo - prosiguió el anciano frotándose la barba - fue el joven, el

primer combate del torneo, lo que realmente me llamo la atención fue su tenacidad.

- El combate estaba decidido antes de que comenzara - el Rey William hablaba con tal claridad cuando el combate era el tema central - sus ojos estaban clavados en su enemigo, ese de barbas doradas, no hubo momento en el que lo haya perdido de vista, estaba demasiado decidido a ganar aquel combate.

- Y no deben de olvidar que fue el único guerrero libre - Romic carraspeo, luego se dirigió a Samael - Debes tener mucho cuidado Sir Samael Shard, este año tienes mucha competencia.

El Señor del Rayo miro al anciano y no pudo contener la carcajada que a vista de los demás fue bastante forzada, Lord Xiant lo miraba con desprecio, los demás incluso el Rey William simulaban indiferencia.

- No he visto los combates, pero estoy seguro que no son rivales, en la Gran Arena hasta el más valiente pasa a ser el gatito miedoso o una simple hormiga.

- Y la hormiga puede asustar al elefante - las palabras del Rey William fueron tajantes e hizo que Sir Samael se incomodara, la mirada desafiante del Rey lo dejo pensando, hasta que decidió seguir hablando - igualmente podrás demostrar tu valía, el siguiente escenario del torneo, será el combate de a dos, estarán todos en la arena y los ocho que queden en pie, pasaran a la siguiente etapa.

Todos quedaron asombrados, les había encantado la idea y se lo demostraban con signos de aprobación al Rey, pero este seguía manteniéndole la mirada desafiante al Señor del Rayo, este se la sostuvo un buen rato, como si no lo fuera a intimidar, pero algo los desconcentro, de repente el bullicio del pasillo paso a ser la atención de todos, se escuchaban gritos y corridas, los gritos de alto de los guardias, la armadura de estos resonando por los pasillos, el Rey miro a Pip y este se apresuró hacia la puerta del salón y antes de que pudiera abrirla un hombre harapiento entro a toda velocidad.

- ¿Qué significa esto? - grito el Rey William mientras se ponía de pie y su puño golpeaba la mesa.

Al tiempo que esto sucedía, el señor Pip ya estaba detrás del recién llegado con una daga curva en la garganta lo había inmovilizado, los guardias llegaron detrás exhaustos por la persecución, el intruso intento

dialogar.

- Mi... Mi, mi señor - la falta del aire también le había afectado, trago saliva y siguió - mi señor... Tengo, tengo noticias del Este... Mi señor.

Con un ademán hacia Pip, el Rey William hizo que lo soltaran, este cayó de rodillas al suelo.

Hacia ya siete lunas que se habían enviado exploradores al Este hacia el bosque, algunos aldeanos de los alrededores habían denunciado cosas extrañas, el consejo, había resuelto el problema enviando exploradores a investigar, pero todavía no habían traído respuestas ni mandado mensajes sobre la situación.

- ¡Habla! - el tono del Rey William era brusco.

- Mi señor... No, no puedo... Explicar... Lo que sucedió... Allí.

Fueron las últimas palabras antes de que se desmayara, rápidamente el Rey ordeno que se lo asistiera, se le de comida y agua caliente, que lo mantengan vigilado por sobre todas las cosas, había algo que le resultaba inquietante.

Tras el incidente el banquete, fue interrumpido, los señores se retiraron a sus habitaciones mientras que el Rey, Pip y la Tercera Espada del Rey, Frederic, se fueron juntos por los pasillos mientras el Rey William les daba indicaciones a cada uno, a Frederic le encargo la seguridad de la Gran Ciudad, refuerzos en cada uno de los flancos, que se hagan requisas cada cierto periodo de tiempo y que los guardias hagan doble turno, a Pip le encomendó recaudar todo tipo de información del recién llegado, casa, familia, posición y rango, este obedeció enseguida y desapareció como una pluma en el aire, llegaron a la torre donde se encontraba la habitación del Rey William abarrotada de guardias, como así siempre era.

- Maldita sea.- la voz del Rey sonaba indignada - porque tuvo que haber irrumpido en el banquete, ahora esos malditos buitres saben que algo está pasando en el Este - hizo una pausa- Fredic quiero que tus muchachos vigilen a la gente de los cinco, mantén alerta más a los de Lord Xiant y Sir Samael, no confié demasiado en esos dos.

Sir Fredic hizo una reverencia y apresuro el paso, el ruido de los pliegues de la armadura desaparecieron al doblar en el pasillo, el Rey había llegado a su habitación allí lo esperaba una hermosa mujer desnuda en su cama, "Shila" era su nombre o por lo menos así le gustaba llamarla, al desvestirse esta lo espero en la cama provocándolo, sus pechos rígidos como dos montañas fueron besados con suma delicadeza, el Rey la amo hasta el último suspiro.

Entrada la media noche la luna se alzaba en el cielo brillante de la ventana de la habitación, el Rey desnudo sentado en un mueble situado en el marco de la ventana, en silencio, miraba la oscuridad.
"Todo está muy tranquilo, esto no es bueno"

El sol ya estaba despierto cubriendo el cielo azul, era un día muy luminoso, la gente ya abarrotada en la calle se apresuraba para llegar a la Gran Arena, en las mazmorras de esta, Orion estaba acostado en su cama, con las manos detrás de la cabeza miraba el techo, pero sus recuerdos le mostraban otra cosa en vez de la gruesa roca gris. El guerrero de la máscara de demonio atacaba con movimiento rápidos y circulares, cortaba el aire con las garras y los pies, tenía un estilo único y salvaje, atacaba incansablemente, su contrincante, aquel de cabellera rubia, el de la rosa en la mano, apenas se defendía con su espada corta, retrocedía, paso por paso, cada uno más medido que el anterior, cuando ya no pudo retroceder más, arrojó su espada al suelo y esta se clavó en la arena con su hoja hacia el cielo, "se rindió" volvió a pensar Orión como en aquella ocasión, levanto la mano izquierda y su enemigo, Mitral, se abalanzo en un ataque aéreo, cuando estuvo a dos pasos de distancia, el látigo giro alrededor del Señor del Rayo, en forma de domo y en el aire enroscó a su objetivo inmovilizándolo, este cayó al suelo en peso muerto, a vista de otro pudo haber sido casualidad, pero no lo fue, había caído encima de la espada, que anteriormente la habría arrojado. El grito fue aturdidor el dolor se esfumo en la ovación, una rosa cayo al lado del herido mientras que el de cabellera dorada levantaba su mano en signo de júbilo.

- ¡Pequeño, pequeño!

El grito de Heldor lo saco de la ilusión y casi lo hace caer de la cama, no había visto a su amigo en todo el día anterior.

- Al comedor pequeño, nos han citado a todos.

Se alejó entre los pasillos y los demás guerreros se dirigían ahí, Orion opto por levantarse y seguir también hacia la misma dirección. Al llegar, un hombre gordo y calvo, con una túnica blanca y alpargatas en sus pies, estaba parado encima de una mesa, la sala del comedor estaba llena de guerreros, menos que días anteriores, ya que habían sido reducidos a la mitad.

- Disculpen - el que estaba encima de la mesa carraspeo y subió el

volumen de su voz - Guerreros, vengo en nombre del señor Pip, tengo que anunciarles que en una hora comenzara el siguiente combate, pero con una pequeña diferencia.

El murmullo comenzó a surgir se notaba la tensión en el ambiente.

- La consigna es la formación de equipos de a dos, que ya han sido asignados y se encuentra el pergamino con tales grupos en la salida a la Gran Arena. Los cuatro grupos que queden pasaran a los octavos de final, muchas gracias.

Le costó bajar de la mesa hasta que lo logro con la ayuda de dos de sus sirvientes, se retiró rápidamente por la puerta del comedor, seguramente para evitar pasar por todos los guerreros allí, instintivamente, los presentes fueron a toda velocidad a la armería para saber quiénes iban a ser sus compañeros, el tiempo era escaso, a nadie le importo llevarse por delante a los que estaban más cerca de la puerta. Cuando Orion decidió ir para allí los pasillos eran intransitables y ni hablar de la armería, llegar hasta el pergamino era una gran odisea, una voz amiga lo hizo mirar hacia su derecha y al encontrarse con Hedor, sintió la necesidad de preguntarle quien sería su compañero, entro en cuenta que podría enfrentarse a él en el campo de batalla, Dragón Negro salió volando de los dedos gruesos del Muro, Orion la atrapo en el aire.

- Prepárate pequeño... Tenemos muchos enemigos que combatir ja ja ja

El joven guerrero entendió y sonrió, la revancha con su amigo seria otro día. Ambos tomaron sus espadas, Dragón Negro estaba listo para el combate, al igual que Rayo de Luna, la mayoría de los participantes ya estaban listos para salir, pero antes debían de pasar por un guardia el cual les estaba poniendo grilletes den los pies a cada integrante del grupo y así estar conectados. Por las expresiones de las caras cuando el martillo bajaba a golpear los grilletes, no era nada agradable. La puerta de salida a la arena se abrió de par en par, a medida que estaban listos iban saliendo al campo de batalla, los gritos de la gente zumbaban en el viento, cuando el sol toco las caras de los dos guerreros, las espadas y los escudos ya chocaban entre sí.

- Pequeño, guarda el control para otra ocasión - hizo una pausa mientras

empuñaba a Rayo de Luna - aquí no tendrán piedad.

Se adentraron en el combate ambos con sus espadas en mano, cuando llegaron unos cuantos pasos, el primer ataque llegó a impactar en el hombro de Orión, este hizo un gesto de dolor e intentó contraatacar, pero el enemigo ya no estaba ahí, "debo estar más alerta" pensó, cuando una cimitarra estuvo a punto de cortarle la espalda, el mandoble hizo su trabajo, golpeo con un tajo de revés y le hizo una herida grave en el brazo del agresor quien soltó la espada y se rindió.

- Pequeño a partir de aquí no puedo defenderte más, mantén tus ojos en el enemigo, ponte en mi espalda.

Ambos apoyaron espalda con espalda y se dedicaron a defenderse en su lugar, los siguientes enemigos vinieron juntos, ambos con espada y escudo, Orion espero el ataque, lo mismo hizo Heldor, el escudo intento golpear primero, el joven guerrero se apartó para evitar el golpe alejándose de Heldor, al ver que su enemigo no lo siguió y a su vez giro sobre su pie para dar un revés de espada a Heldor, "es una trampa" razono Orión quien hizo un salto hacia adelante para bloquear el ataque, pero estaba demasiado lejos, Dragón Negro mordió la carne de la pierna, lo que obligó al atacante a caer con las rodillas en la arena, había detenido el ataque, cuando el joven guerrero fue a reclamar su victoria, el escudo se lo impidió y detrás del herido su compañero salió a contraatacar, tiro una combinación de espadazos que Orion logro bloquear, ambas espadas escupían chispas, cuando el enemigo del suelo volvió a reincorporarse empezó a atacar junto con el otro, las espadas atacaban a diestra y siniestra, Dragón Negro danzaba entre ambas intentando proteger a su amo, quien no hacía más que retroceder, no tenía demasiadas oportunidades, busco ayuda en su compañero, pero este combatía contra una lanza que lo estaba metiendo en problemas, en su momento de distracción una espada hirió el antebrazo izquierdo, haciéndole perder el control, cayó sobre la arena de espaldas, cuando una espada bajo a toda velocidad a asestarle una grave herida, este rodo para evitarla, se levantó como pudo pero un escudo le golpeo el pecho, "es el fin" pensó, mientras retrocedía vio cómo su agresor caía con peso muerto a la arena, una espada se le había incrustado en el pecho, "aquella espada", el compañero del recién abatido alzo su escudo, pero la mano que lo sostenía fue arrastrado hacia adelante, había perdido su protección, Orión desde el suelo vio una serpiente marrón que apretaba del cuello a aquel guerrero, hasta el punto de dejarlo tirado, sin aire e inconsciente. El verde y el escarlata se reflejaron con el sol, vio la rosa con espinas estampada en la armadura de aquel guerrero, "el Señor del Rayo, Sir Samael Shard" recito la cabeza de Orion mientras intentaba reincorporarse, cuando pudo ponerse de pie, Sir

Samael se cobraba la espada del pecho de aquel guerrero mientras la enfundaba se acercó a Orion con paso lento, ya lo suficientemente cerca el joven guerrero le esbozo una sonrisa temerosa.

- Gracias por...

El puñetazo fue tan fuerte en la cara de Orion que los ojos le lloraron, sintió como la mandíbula se le corría de lugar y el calor de la sangre brotándole de la nariz lo hizo caer nuevamente al suelo, mientras intentaba abrir los ojos, sintió la suela de la bota que le pisaba la mano donde llevaba a Dragón Negro, el dolor lo hizo ceder y vio como el caballero de la rosa se la arrebatava de sus dedos.

- Cuando puedas darme un golpe como ese, te la devolveré.

- Maldito... Dragón Ne...

El aire se le fue de los pulmones al recibir otro puñetazo en el estómago, entre el mareo y el agotamiento solo pudo ver a Heldor ayudándolo a levantarse y dándole una espada del suelo.

- Mantente conmigo... - Creyó escuchar, no vio, ni sintió nada más que el aturdimiento y la cabeza que le daba vueltas, luego sonó un cuerno de caza y el grito ensordecedor del publico victoriano a aquellos que habían quedado de pie, eran ocho, serían los que pasarían a la nueva ronda. Los gritos se convirtieron en murmullo y el cielo celeste en la roca gris, ya no se encontraban en La Gran Arena, sino en la sala de enfermería, los combates habían terminado, de ello había quedado el mal recuerdo y el dolor de las heridas.

- Quédate quieto - le decía el medico mientras cocía la herida del hombro y le colocaba una pasta verde.

Orion no mostro resistencia, veía el techo, pero nuevamente no era lo que veía, la imagen que más se le cruzaba era como le arrebataban a Dragón Negro, la humillación que había sentido, la impotencia y la falta de fuerza, "soy débil" pensaba una y otra vez, seguramente había quedado eliminando, los recuerdos del combate se infiltraban en sus ojos, prefirió cerrarlos para apartar esos pensamientos e involuntariamente se quedó dormido.

Estaba parado en una gran torre, a su alrededor solo se veían plantas por doquier, de ellas salía su fruto, unas hojas color carmesí, se acercaban y

se alejaban, lo molestaban no podía ver más allá de ellas, desprendían un fuerte olor, Orion podría jurar que era sangre, hizo un paso pero algo lo detuvo, intento forcejear pero nada servía, una sombra verde apareció delante de él, de repente y sin pensarlo las palabras le salieron de su boca.

- Gracias por...

Sin previo aviso sintió el puñetazo en la mejilla haciéndolo caer hacia atrás, el piso de la torre no estaba y solo pudo sentir el caer al vacío, de la orilla, la sombra verde lo observaba con Dragón Negro en su mano.

- Cuando puedas darme un golpe como ese, te la devolveré.

Orion estiro su mano pero nunca pudo alcanzarla, sentía la presión en su cabeza del descenso incontrolable, la furia le invadía el cuerpo, pero a ese sentimiento se lo devoro el miedo, "soy débil" se dijo y la caída era interminable, a punto de estrellarse...

Todo estaba en silencio solo se escuchaba el crujir del fuego de las antorchas y la respiración agitada de Orion, el sudor le caía de la frente como una tormenta.

- Al fin despertaste pequeño.

La voz de Helder fue como una brisa fresca en pleno verano, sobre todas las cosas Orion se había preguntado que había pasado con él, recordó su ayuda y que le había pedido que se quede a su lado. Cuando se secó el sudor de los ojos lo vio con claridad, llevaba el triple de vendas que la última vez en la cara tenía una gasa ensangrentada que le cubría la mejilla derecha, las manos estaban llenas de ampollas y los brazos eran un cementerio de cicatrices mezcladas con esa pasta verde que el médico le habría puesto a él también en su herida, Orion quedo boquiabierto cuando contemplo tal situación.

- Helder... Yo... Lo siento, no pude... No quise...

Su amigo lo miro con una expresión seria hasta que no pudo contener más la risa.

- ja ja ja pequeño no es necesario nada de eso, si tu habrías estado en mi

situación sé que hubieses echo lo mismo, ¿verdad?

Orion agacho la cabeza muchos sentimientos le recorrían la cabeza, pero el único que era firme y se le repetía como un eco era "soy débil".

- Por supuesto.
- Muy bien, ahora descansa, mañana tienes una gran batalla,
- Entonces... ¿Pasamos a la siguiente etapa? - Orion no sabía si ponerse contento o no, pero lo pregunto lo más alegre posible.
- Si... ¡Pasaste pequeño!

Esto para el joven guerrero paso de ser una desventaja a una posibilidad, Dragón Negro estaba en manos de aquel que lo despojo de todo su orgullo, seguramente habría pasado a la siguiente etapa y no descansaría hasta recuperar la espada que Mary le había dado. Pero hubo algo que no le cuadraba en la cabeza, de repente recordó y repaso cada una de las palabras que dijo Hedor y esto lo entristeció mucho.

- Perdiste por mi culpa - el hilo de voz se fue perdiendo con el ruido de las brasas de las antorchas. No pudo mantenerle la mirada pero el Muro de Gisa le puso una mano en el hombro sano.
- Si quieres vengarte, por mí y por Dragón Negro, mañana debes ganar pequeño.
- No quiero pelear, no tengo mi espada, no tengo honor, soy débil - aparto aún más la vista la vergüenza y la deshonra le invadían los sentimientos
- La espada no hace al guerrero, el honor no se pierde hasta que tu cabeza caiga o se clave en una pica, tu eres fuerte, Orión - era la primera vez que lo llamaba por su nombre - si mañana quieres ganar debes de conectarte con tu espada, ella te conoce pero tú debes de conocerla más, yo no estaré aquí para cuando termine tu combate, vuelvo a mis tierras, pero ¡quiero irme sabiendo que has vencido!

Orion levanto la vista y pudo mirarlo a los ojos, Hedor lo miraba con una sonrisa en el rostro, ambos se tomaron de los antebrazos en un apretón que demostraba un vínculo, una amistad.

La noche transcurrió tranquila, ambos se quedaron hablando, sobre sus regresos a sus hogares, ambos lo extrañaban, luego fueron a dormir, Orion pensó en su combate en que mañana recuperaría su honor, su espada. "Sir Samael Shard", dijo Hedor, "ese es tu rival".

La noche llena de estrellas pintaba el cielo de luces titilantes, la luna blanca en toda su circunferencia hacía de un sol nocturno brillante y lechoso, en vista de los acontecimientos de la noche anterior, la guardia de La Gran Arena había sido aumentada drásticamente, por los pasillos, había grupos que patrullaban toda la noche, los pasillos estaban reforzados de antorchas y las llamas bailaban entre sí. El Rey William caminaba a paso apresurado junto con dos escoltas, los tres vestidos con armaduras hacían resonar los pasillos con un ruido metálico, al llegar a una habitación, se detuvieron, en ella había dos guardias más, uno de cada lado de la puerta, al ver al Rey hicieron una reverencia y este entro sin previo aviso, la habitación era pequeña pero espaciosa, con una cama en el centro y algunos muebles viejos, llenos de polvo por el desuso; en el borde de la cama, con las ropas sucias aun puestas estaba aquel hombre que irrumpió el banquete aterrorizado. Al entrar miro fijamente al Rey y luego, hincó una rodilla al suelo.

- Mi Señor.

- Levántate - le dijo con una seña de la mano, el hombre obedeció y rápidamente volvió al borde de la cama, como si fuera un refugio para él, tenía un tic en el ojo izquierdo y las manos le temblaban considerablemente.

- Cuéntame, ¿qué es lo que ha pasado?

Lo miro a los ojos, pero luego se arrepintió, pero algo lo hizo volver a mirar y ahí confeso.

- Fue horrible mi señor - volvió a quitar la vista y la dirigió hacia sus manos que descansaban en sus piernas con los dedos entre lazados - nos dirigíamos en dirección al este del bosque mi señor, no encontramos ningún tipo de anomalía en el territorio todo estaba tranquilo, hasta que... Hasta que...

- Tranquilo - le alcanzo una copa llena de vino - bebe...

Bebió un poco de la copa, después de un forzoso trago, continuó hablando.

- Una luz... Una luz mi señor, nos cegó a todos. Yo solo pude correr, mis compañeros hicieron lo mismo, hasta que escuché unos gritos... Sentí... Las espadas salir de las vainas pero no escuche el acero cortar. El Rey William lo miraba atento escuchaba cada palabra con mucha

atención.

- Cuando escuche un grito, algo así como un chillido mi señor me detuve, no sé porque pero ya no pude correr más, en el camino, me encontré con la guardia real, eran unos diez - hizo una pausa como recordando - lo encabezaba, un Guerrero del Rey mi señor, les dije lo que había sucedido y se adentraron a la luz brillante... Nuevamente sonaron las espadas pero no volví a verlos salir, tuve que huir mi señor, no piense... No crea... Por favor mi señor.

- Tranquilo, has servido bien.

Le puso una mano en el hombro y lo palmo, luego se levantó y fue directo hacia la puerta, antes de salir se giró para decir algo.

- Por casualidad, aquel que lideraba, ¿viste su rango?

- No mi señor, no pude ver nada. Lo siento

El Rey lo miro con una sonrisa en su rostro

- No te preocupes, has hecho un gran trabajo.

Salió al pasillo y cerró la puerta detrás de él, miro a los guardias y les pidió que no abandonaran sus puestos por ningún motivo, se dirigió por los pasillos con sus escoltas, antes de llegar a su habitación, ordeno que uno de ellos vaya a buscar al Señor Pip, siguió por los pasillos de piedra, estaba todo muy silencioso y tranquilo, escuchaba sus pasos resonar. La puerta de su habitación chillo al abrirse, abandonando su compañía, el Rey quedo solo en su habitación, se quitó el peto y la cota de maya y la coloco en el maniquí, se sentó en una silla apoyo su codo en él apoya brazos y su mano cerrada en la barbilla, el silencio fue interrumpido por el golpear de la madera.

- Adelante.

El señor Pip entro con cautela, luego hizo una reverencia con su cabeza y se quedó parado al lado de la entrada.

- Cierra la puerta.

Obedeció y la puerta volvió a chillar, una vez cerrada, el Rey William casi susurrando le dio indicaciones.

- Quiero que refuercen la vigilancia de la habitación del explorador que llego anoche - Pip ascendió sin siquiera demostrar un signo de lo que pensaba - Debo pedirte que te encargues personalmente de ver el

paradero de cada Guerrero del Rey, quiero que me traigas un informe de cada uno, e investigues donde han estado cada uno.
- Como guste mi señor.

Hizo una reverencia y salió de la habitación, el Rey quedo solo, con sus pensamientos y logro escuchar lo que se decía "yo no ordene nada a los Guerreros del Rey".

La mañana llego apresurada con un sol radiante, el verano cumplía con su cometido y regaba de un fuerte calor las calles ya abarrotadas de gente como todos los días desde que el Torneo del Rey había comenzado. En las mazmorras también la gente iba y venía, los competidores recogían sus cosas de sus celdas y emprendían su viaje de vuelta a sus hogares, para algunos esto era una buena noticia, para otros una mala jugada del destino, si bien todos querían llevarse honores y recompensas, solo uno se quedaría con todo eso. Las peleas comenzaban a media mañana, a Orion se le había asignado el último turno contra Sir Samael Shard, una pelea muy importante ya que se trataba de un campeón buscando su coronación una vez más, y quien se le oponía un joven guerrero que había sido emocionante en su primer combate y vergonzoso en su última actuación.

Heldor ya levantado de la sala de enfermería fue en busca de sus posiciones a su celda, cuando tomo sus cosas, se dirigió en sentido contrario a todos los demás guerreros, cruzo los pasillos y llego hasta la escalera que llevaba a la arena de entrenamiento, levanto la reja sobre su cabeza y lo vio ahí, donde ya sabía que lo iba a encontrar, Orion practicaba con una espada de madera y un escudo, algo que llamo la atención de Heldor pero que luego decidió ignorar

- Es temprano para una herida recién curada.

El joven guerrero detuvo su ataque contra el palo de entrenamiento donde estaban destinados sus golpes.

- ¡Heldor! ¿Cómo están tus heridas?

- Excelente pequeño, y ¿tu? Tienes una pelea esta tarde, ¿qué haces aquí?

- Entreno - siguió con su arremetida.

- ¿Solo? No creo que ese palo pudiera darte un gran combate ja ja ja Orión sonrió, pero no dejo de golpear aquel objetivo que salpicaba astillas de lo fuerte que eran los golpes. Heldor dejo su pequeño bolso en el piso y se acercó a la armería, allí tomo a Rayo de Luna.

- Sabes... - dijo el Muro de Gisa mientras giraba con su mandoble - aun, no te he devuelto la gentileza.

Corrió hasta Orion con Rayo de Luna en las manos cuando estuvo cerca atacó con gran potencia, el joven guerrero quiso defenderse, pero el filo lo cortó todo, espada y escudo, hasta la potencia lo hizo retroceder.

- ¡Hey Heldor! - grito Orion para hacerlo entrar en razón, pero el Muro volvió a golpear.

El mandoble giro a último momento para pegar con el palmo de la hoja, fue tan fuerte que lo hizo girar dos veces en el suelo, la arena volaba con cada ruedo, cuando logro detenerse se sentó a replicar, pero para su amigo no había tiempo para nada, el mandoble bajo con fuerza y Orion volvió a girar, corrió hasta la armería y tomo un escudo, una espada y un guante para el brazo izquierdo del escudo, la patada vino sin previo aviso, el escudo vibro con furia y la espalda del joven guerrero choco con la pared de piedra que dejo caer tierra luego del impacto. La tarde transcurrió entre el ruido del acero contra el acero, mientras que en la Gran Arena también se desarrollaban los combates, ninguno de los dos guerreros estaba atentos de aquellos acontecimientos. En la arena de entrenamiento, en el suelo, yacía Orion con el sudor en todo su cuerpo y la respiración agitada, estaba rendido ante los pies del Muro de Gisa quien lo miraba desde arriba.

- Creo que estamos a mano pequeño ja ja ja.

Este lo miro trago saliva cuando la respiración se lo permitió y no contesto nada.

- Mira pequeño, puedes salir ahí afuera y dejar que tu honor muera, o puedes salir a recuperar lo que te arrebataron, en el mundo hay dos clases de personas, aquellas que sueñan y los que salen a buscar su sueño. ¿Quién eres tú?

- Pero, sin Dragón Negro...

- Sin Dragón Negro tienes que pelear igual si realmente la mereces solo tu podrás controlarla, si la mereces ella volverá a ti!

Orion lo miro con aprecio, hizo el esfuerzo y se sentó en el piso, luego Heldor le tendió la mano para ayudarlo a levantarse, este la acepto y se puso de pie.

- Has sido como un hermano en este tiempo, te lo agradezco
- Hey hoy, no quiero sentimentalismo aquí pequeño, quiero que salgas a darle su lección a ese señor de un castillo, muéstrale que la fuerza sale del corazón y no de unos honores o papeles.

Ambos se estrecharon la mano como solían hacer en signo de hermandad, luego de una sonrisa sostenida ambos dejaron sus armas, la tarde estaba cayendo y el combate por comenzar, apuraron el paso, al llegar a la armería Orion volvió a tomar una espada y un escudo, el anunciador comenzó a hablar y todo el mundo escuchaba atento.

- Ya es tu turno pequeño de prisa
- Un momento.

Salió corriendo y arranco un pedazo de su remera sucia de polvo, la mojó y se la colocó en la mano. Hedor volvió a mirar por la salida enrejada e intentó apresurarlo.

- Rápido, ya es la hora.

Llegó a su lado con el paño húmedo que goteaba, el Muro le dio una palmada en el brazo en signo de ánimo y grito mientras Orion corría ya por la Gran Arena.

- Recuerda, itú busca tu sueño!

La voz gruesa del anunciador terminó con su anuncio.

- ¡El guerrero libre, Orión!

La gente daba un solemne ovación, poco le interesaba a Orion quien se encontraba muy concentrado mirando la salida. Nuevamente el anunciador comenzó con las condecoraciones para el guerrero más aclamado.

- El ex campeón, el Señor del Rayo, Sir Samael Shard - con lo que pareció su última dotación de aire terminó con las presentaciones, seguido por los

gritos y la emoción de la gente. Al igual que la otra vez Sir Samael vestía su armadura de batalla verde y el rojo escarlata en conjunto, con el pelo largo y rubio atado, la rosa nuevamente al viento saludaba al público, cuando estuvo a la vista del joven guerrero vio que no solo llevaba su espada corta sino que también del otro lado en el cinturón llevaba a Dragón Negro, la empuñadura del dragón no hacia juego con los colores de aquel guerrero de la Ciudad de las Rosas.

Tenía una sonrisa burlona en la cara, mientras que sus ojos despectivos lo miraban a Orion quien los límites de furia había desbordado. Cuando el anunciador termino de decir "comiencen" la espada golpeo contra la espada corta, el salto fue instantáneo y la reacción de igual medida, cuando los pies cayeron al piso todo el cuerpo lo siguió, el Señor del Rayo logro barrer los pies de Orion quien recién aterrizaba, este intento recobrar el equilibrio la espada corta paso por su garganta pero la reacción fue buena, solo le causo un pequeño corte en la barbilla, recobro la postura y volvió atacar, el acero volvió a chocar contra el acero, cuando la espada de Orion ataco al cuello con un tajo desde la derecha, pero la espada corta de Sir Samael hizo una herida debajo de la costilla izquierda de Orion, este retrocedió mientras veía la risa burlona de su enemigo, la gente estallaba de emoción gritaban y aplaudía, estaban realmente emocionados, querían ver caer al joven guerrero y él lo sabía.

Orion se alejó un poco, la sangre caliente le caía desde la herida, estaba agitado y un poco cansado, su contrincante no tenían ningún rasguño ni notaba signos de cansancio, hasta comenzó el siguiente ataque que lo tomo por sorpresa, el látigo atrapo el brazo derecho, Orion intento cortar la sogá de cuero pero solo provoco que se le callera la espada "si fuera Dragón Negro la hubiese cortado" pensó, mientras el Señor del Rayo lo traía hacia el con un fuerte tirón, de repente Orion empezó a sentir como sus fuerzas se debilitaban, sentía un fuerte olor, como dulce, mientras perdía toda sensibilidad en el brazo era arrastrado hasta su enemigo.

- Te preguntaras - dijo con sarcasmo - ¿qué me sucede si no estoy mal herido? ¿Qué pasa con mis fuerzas? Te explicare, el olor que desprende mi látigo es de las rosas de mi ciudad capaces de paralizar cuando son activadas, además la herida que te causa el cuero al estar apretado, se impregna más rápido a tu sangre, ¿entiendes insolente?

Ya encima le propino un fuerte golpe en la cara del lado opuesto a la última vez, este fue tan potente como una maza, Orion se mantuvo de pie, pero extrañamente había una sonrisa en su cara.

- ¿De qué te ríes mocosó?

Samael saco a Dragón Negro de su vaina, lo empuño y le coloco la punta

de la espada con el filo de la hoja en la barbilla de Orión.

- ja ja ja sentirás lo que es morir por tu propia espada.

Cuando tomo impulso para incrustársela, Orion la tomo con la mano que tenía suelta, el pañuelo se le cayó a la Arena y se veía como se había evaporado el agua, manchones negros cubrían el lado de adentro del mismo, la hoja le corto la palma, pero antes de que la sangre cayera, se derramo un polvo blanco. En eso se escuchó un pequeño susurro por encima de todas las voces del estadio.

- Quema... Dragón Negro.

Luego de las palabras del joven guerrero, la espada comenzó a tomar un color anaranjado en el filo de la misma, la temperatura creció y las llamas invadieron la hoja en forma de espiral, ardía como el infierno, tanto que los ojos de rubí del Dragón de la empuñadura se volvieron intensos, sorprendido, el Señor del Rayo contemplaba totalmente atónito lo que sucedida, al igual que todos los espectadores que quedaron en silencio. El estruendo se sintió como el de una erupción, el golpe cayó como un meteorito que impactaba contra la tierra, la mandíbula de aquel Sir, se movió tanto que amenazo a salirse de su lugar, soltó la llameante espada como su látigo y cayó de espaldas a la arena, la sangre le caía en un hilo rojo desde la boca, Orion tenía la mano quemada y con un corte en la palma le temblaba incontrolablemente, tomo el paño del sueño y se lo ato sobre la herida, tomo a Dragón Negro que aún estaba encendida, de un tajo corto el látigo que le sostenía el brazo, pero solo una parte, la otra la tenía aun amarrada al antebrazo, la agitación se mantenía en el, tragaba con dificultad al intentar conseguir aire, el veneno lo había afectado, la herida de su lateral izquierdo le ardía y la cabeza estaba por estallarle se sentía mareado, intento dar un paso pero las piernas no le respondieron, a toda velocidad, cortando el aire e incrustándose en el muslo derecho del joven guerrero avanzo la espada corta de su enemigo, quien secándose la sangre de la boca se incorporaba.

- Parece que realmente te corresponde esa espada.

Orion lo miro, lo vio multiplicado, dos, tres y hasta cuatro estuvieron delante de él, se acercaba con un paso tranquilo que le resulto eterno, cuando lo tuvo en frente su enemigo le arranco la espada de la pierna,

sintió como se desgarraba el músculo y la carne.

- Lo siento, pero no es un arma para alguien débil como tú, debe permanecer en las manos de alguien a su altura.

Llevo el filo de la hoja hasta el estómago, pero algo sucedió que no esperaba, las piernas empezaron a debilitarse sintió como las fuerzas lo abandonaban y cayo de rodillas delante de Orion quien lo miraba y aguantaba los dolores que lo acusaban.

- El veneno...- dijo Sir Samael mientras intentaba tomar una bocanada de aire.

- Cuando te golpeé estaba tu veneno en mis manos - explico Orión. Lo que menos esperaba era que Sir Samael Shard comenzara a reírse desconsoladamente en ese momento.

- Nino idiota - decía mientras reía - ¿crees que soy vulnerable a mi propio veneno?

Se levantó como si nada hubiese sucedido, pero el Dragón Provo la sangre, quemo y mordió, destrozo el peto de la armadura, tras el golpe así como se había levantado, el Señor del Rayo cayó a la arena, Orion perdió todas sus fuerzas en ese último ataque, cayo de rodillas y la oscuridad invadió sus ojos, escucho a la multitud rugir y su cuerpo inerte caer, luego no escucho nada más.

- Heridas en el lateral izquierdo, fractura de los huesos de la mano, muslo con un tajo de dos centímetros, musculo desgarrado. Mucha pérdida de sangre y veneno en la misma. Debes de sentirte afortunado pequeño. Heldor se encontraba al lado de su cama, recién había abierto los ojos y sentía todo el cuerpo cansado, producto del veneno imagino.

Miro a los costados como buscando algo desesperadamente, movió su mano, pero no encontró nada, sintió una puntada en la herida del lateral e hizo un pequeño grito ahogado producto del dolor.

- ¿Donde esta Dragón Negro?

Heldor levanto su mano y en ella yacía la espada intacta.

- Ja ja ja con semejantes heridas solo te preocupas en tu espada, sí que eres todo un guerrero muchacho.

Orion le sonrió pero hasta la mueca le dolió, no hizo más que suspirar y toda la atención que tenia se esfumo en el aire

- ¿No quieres saber si ganaste?
- No - dijo tranquilo - el torneo se acaba aquí para mí, no soy lo suficientemente fuerte como para poder salir vivo del siguiente combate.
- Sabia decisión, solo te queda recuperarte para poder ver a Mary.
- No me quedare aquí, mañana cuando el sol este en nuestra cabeza partiré hacia mi hogar.

Heldor hizo una pequeña pausa pensativo y se dio cuenta que la obstinación de aquel joven no le iba a dar lugar a replica.

- Entonces descansa esta noche. Mañana tendrás un largo camino a casa, tu madre estará orgullosa de ti.

El Muro de Gisa se levantó de la cama que pareció volver a su normalidad tras sentir el peso de aquel hombre camino unos pasos, pero Orion lo llamo antes de que saliera.

- Heldor...
- ¿Si pequeño?
- Gracias.

Los ojos se cerraron y el cansancio termino de dormirlo, Heldor asintió con su cabeza y se fue con una sonrisa en la cara, su amigo debía descansar y el atender las peticiones de su amo, el resonar del pasillo se fue haciendo más tenue hasta desaparecer y consigo el Gran Torneo del Rey.

Capítulo 8

7

La Era del Amanecer

Ojos de Luna

La mañana llegó tranquila y serena, los combates descansarían con sus guerreros, el cuarto día que se celebraban los juegos en la Gran Ciudad, muchos de los extranjeros que habían venido de tierras aledañas retomaron su camino a casa, otros, se quedaron a ver el resultado de aquel torneo y los restantes simplemente buscaban una excusa para demorarse en sus viajes.

En las mazmorras de la Gran Arena reinaba el silencio, solo se escuchaban los pesados movimientos de aquellos que quedaron resagados, los heridos, los semifinalistas y algun que otro sirviente del lugar realizando sus tareas cotidianas, entre ellos el medico retiraba las gasas mojadas de sangre y algo parecido a un musgo verdoso de las heridas de Orion, quien sentado en la cama hacia muecas de molestia cuando los dolores lo acechaban. Helder entró en la habitación junto con un bulto de ropa y Dragon Negro en las manos, las dejo sobre el suelo y se acercó hacia donde estaba su amigo, vio como el medico cortaba la última tira y la apretaba contra el pecho de Orion.

- Parece que las momias del antiguo Ricks han revivido – su amplia carcajada invadió la habitación.

Ambos rieron con ganas, el medico se levantó y se alejó con paso lento, taciturno, se había mantenido callado, desde que lo conocieron hasta su retirada, había sido de la misma manera.

- El antiguo Ricks se evaporó hace tiempo, yo estoy mejor que nunca – intentó levantarse, pero la punzada lo mantuvo en su lugar, bromeaban de una antigua leyenda en la era de los Héroes, un tal Ricks había encontrado un viejo libro llamado el "Libro de las Tinieblas" caracterizado por tener conocimientos de la necromancia, el poder de resucitar a los muertos. Se dice que un día en las tierras que hoy llaman la "Tierra

Maldita" utilice su magia para llamar a los muertos de una guerra antigua, las momias de Ricks. Cuando lograron detenerlo el libro se perdió al igual que el lugar físico de esas tierras.

- Traigo tus cosas pequeño, mi señor Khal Fauste me pidió que lo escoltara ante el Rey William, parece que le ha llegado una invitación a un banquete que él mismo propone.

- Bien por él - dijo Orion con poco interés a los planes del Rey y más de aquel Lord Khal Fauste.

El ruido de armaduras resonó por las mazmorras, por el ruido que se podía apreciar se trataba de tres o cuatro personas que venían a marcha militar. En cuanto atravesaron la puerta, por las armaduras que llevaban puestas, se dieron cuenta que se trataban de tres guardias reales por las capas y los estandartes del Rey, se detuvieron delante de ellos y el que encabezaba la fila se adelantó, sacó un pergamino, lo desenrolló y sin previo aviso lo comenzó a leer.

- Se le comunica al señor Orion que su Majestad, el Rey William lo solicita en las instalaciones privadas de la Gran Arena, con la intención de compartir un momento con él.

Orion se quedó atónito ante tal número, desde el momento que despertó podría haberle pasado muchísimas cosas antes que la que acaba de suceder. Lo miro a Hedor y este se encogió de hombros.

- Si, por supuesto – dijo contrariado
- Nosotros lo escoltaremos.

El joven hizo un gesto de afirmación y se disculpó con Hedor, quien le hizo señas de que no se preocupe, los tres guardias lo rodearon y en una marcha a la cual Orion se le hizo imposible seguir avanzaron hasta el pasillo, lo recorrieron de punta a punta para salir de las mazmorras y adentrarse a un espiral de escaleras iluminadas por antorchas a pesar de que era de día, la luz del sol no llegaba a filtrarse por ahí. Cuando llegaron hasta arriba el guardia sacó un manojito de llaves y abrió una puerta de madera, la claridad le hizo entrecerrar los ojos, tardó poco en acostumbrarse, caminaron por una galería de columnas que sostenían el techo, daban unos espacios de cinco pasos cada una, dejando una especie de ventana que daba a la arena de entrenamiento, Orion se preguntó si

cuando el entrenaba alguien lo habría visto desde allí; siguieron en un semi círculo antes de entrar por otra puerta de madera, al lado de sus extremos, dos guardias más la custodiaban, entre ellos balbucearon algo y los dejaron pasar, prosiguieron por un pasillo empinado que terminaba en ele, al doblar en un camino estrecho terminaba en otra puerta de madera. Durante todo camino, Orion vio una docena de guardias, en las puertas y en los corredores, también en la galería, siempre en grupos de a dos que iban y venían. Siguieron por otro pasillo más pero este con muchas puertas a los costados, parecían habitaciones, seguramente de algún Lord o Sir, Orion no quería pensar en eso, tenía muy pocas ganas de cruzarse a Sir Samael Shard, si bien habían tenido un combate legítimo, no quería ver aquel que le había arrebatado a Dragon Negro.

La puerta que se alzaba al final del pasillo era en forma de arco de dos puertas, la madera parecía muy fina y sus picaportes de plata pura, entre las dos se veía el blasón del Rey dos martillos dorados cruzados entre sí. El joven guerrero reconoció inmediatamente a la persona que salía de la puerta aquella, el señor Pip con un paso apresurado, paso por al lado de él sin mirarlo, pero la voz resonó por todas las paredes hasta los oídos de Orion.

- Lo felicito por su victoria Señor Orion.
- Gracias... - alcanzó a decir.

Orion parecía muy nervioso, tanto que tardó unos segundos en realizar la reverencia, al parecer había ganado el combate contra Sir Samael Shard no sabía si ponerse contento o entristecerse, en ambos casos, no sabía por qué.

- Que gran batalla diste, hacía años que no veía un combate como ese - el Rey William hablaba con una gran sonrisa, a Orion le pareció simpático, era mucho más alto que él, unas tres cabezas tal vez, le costaba mucho tratar con una persona con tanta jerarquía, aunque Mary le había enseñado modales, aquel momento excedía todo estándar de respeto.

- ¿De dónde has sacado esa espada maravillosa? ¿de dónde provienes? Vamos muchacho no seas tímido - el Rey tenía una gran emoción parecía disfrutar cada una de las palabras que decía, en un momento Orion pensó que tal vez debería de ser al revés, el tendría que estar emocionado por conocer al "Demoledor de Piedra".

El Rey William tomo un respiro y freno su emoción.

- Cuales son mis modales, ven siéntate, eres el primero en llegar así que

tenemos tiempo para que me cuentes todo.

Orion pensaba mientras la mano gruesa le rodeaba el hombro para dirigirlo hacia la mesa que se encontraba en el centro del salón "espero que no venga Samael" no quería ver aquella persona, por lo menos hoy. Ambos se sentaron el Rey en la cabecera y el a su izquierda, nuevamente le insistió que le contara de su vida, de cómo había llegado a participar en el torneo, cosa que a Orion no le molestaría, le conto desde el momento que Mary lo había encontrado a orillas del río, hasta unos días atrás, el Rey escuchaba atento entre risas y vasos de vino espumoso, los cuales Orion había rechazado con cortesía hasta aceptar casi por cansancio la insistencia de aquel sirviente, bebió un sorbo y la garganta le quemó un poco, la boca le sabía a uvas frescas del verano. El resonar de las armaduras llamaron la atención de ambos, las puertas se abrieron y junto a tres escoltas Hedor se alzaba por encima de ellos, lo dejaron en la puerta y el Rey se levantó para recibirlo, Orion se le quedó mirando pero con una sonrisa en el rostro, "era a él a quien quería ver no a Khal Fauste" pensó el joven guerrero mientras bebía más vino ahora más distendido, el Rey William lo invitó a sentarse, Hedor le dedicó una sonrisa a su amigo. Y se sentó en frente de él, comenzaron a hablar alegrosamente mientras, los sirvientes llenaban la mesa de manjares y vino, las copas ni bien se terminaban automáticamente volvían a llenarlas.

- Debo felicitarlos a ambos, su forma de combatir ha sido grandiosa, grandiosa - los cachetes del Rey estaban colorados por el vino.
- Muchas gracias mi señor - dijo Hedor orgulloso de sí mismo. Orion se guardó al silencio.
- Dime tu Orion, combates mañana contra un guerrero formidable, viene del sur, su señor me ha contado que...
- No combatiré mañana... Mi señor - la voz fue tajante, pero en su rostro no había ningún signo de tristeza.
- ¿No combatirás? Pero... Has tenido una gran victoria sobre ese, Sir Samael

Al escuchar ese nombre a Orion se le revolvió el estómago no supo decir si era por el vino o por el mal recuerdo.

- El torneo se terminó para mí, mi señor, no puedo luchar con mi mano así, ni tampoco tengo la fuerza, igualmente haber participado ha sido una felicidad en mi corazón.
- Me conmueves muchacho, tiene el valor de un guerrero y el honor de todo un caballero - miro a Hedor y luego a Orion y casi con voz decepcionada continuo - es una lastima, hubiese querido ver una vez más esa espada llameante que tienes - hizo una pausa como recordando algo -

antes de que os vayas quiero darte esto - saco de su bolsillo un pergamino - esto lo he hecho hacer para ti muchacho, aquí en la Gran Ciudad tenemos un herrero que tiene increíbles conocimientos sobre el Clan de los Martillos, su nombre es Francis y me ha dado estas instrucciones para ti, es un hombre muy honrado y reconoce el potencial cuando lo ve, más si se trata de una espada que reclama a su portador, como la tuya.

Orion extendió la mano y el Rey deposito el pergamino ahí, tenía el sello de una forja, distintivo de aquel herrero.

- El viejo Francis me lo ha entregado hoy a la mañana, cuando el sol salía y le pedí que yo sea quien te lo entregue, me ha hecho feliz saber que todavía hay guerreros como ustedes.

Ambos estaban sorprendidos, no habían conocido jamás al Rey pero por su apariencia hosca jamás hubiesen pensado de que era esa clase de persona, quedaron maravillados por su simpleza y su amor por el combate, en sus ojos había tenacidad pero también humildad, ambos llegaron a la conclusión (aunque sin decírselo uno al otro) que aquel Rey, era Rey solo por mantener un cargo pero realmente era una persona común y corriente.

Los acompañó hasta la puerta donde los guardias los esperaban para escoltarlos hasta la salida, antes de que se los llevaran el Rey le entrego por el cuarto puesto una pequeña bolsa de monedas de plata que Orion agradeció en creces, no había pensado su regreso a casa y un caballo no le vendría nada mal, podría llegar al anochecer si salía al medio día, guardo sus pertenencias en un morral que tenía y emprendió el camino de vuelta hacia las mazmorras junto con Hedor y los guardias que los escoltaban; al llegar ambos recogieron sus cosas, de su celda y fueron directo al patio de armas para recuperar a Dragon Negro y Rayo de Luna las cuales debieron entregar para presentarse ante el Rey, el lugar estaba desolado, a diferencia de días atrás en donde no se podía ni caminar aquel era un desierto de piedra, se encontraron con Trou el herrero de la Gran Arena, les entrego sus armas a cada uno, estaban recién afiladas y destellaban en su filo.

- Señor Trou, su maestro el señor Francis me ha entregado esto - del morral saco el pergamino que le había entregado el Rey. El anciano herrero lo tomo con sus manos temblorosas y lo examino entrecerrando un ojo.

- Lo siento mi señor, pero desconozco de que se trata, no conozco su función ni proveniencia, deberá averiguarlo usted mi señor.

- Que lastima muchas gracias Trou, estoy volviendo a mi hogar así que me gustaría despedirme de usted me ha enseñado mucho sobre Dragón Negro, estoy seguro de que usted le ha hablado a su maestro de mí.

- Mi señor es muy listo, pero no le he enseñado nada que usted no supiera, el corazón está conectado con la espada, cuando una espada elige a su dueño es muy difícil que esta falle en su poder.

Orion le sonrió y guardo el pergamino en el morral, le tendió la mano y el apretón con el herrero duro unos segundos, tenía las manos ásperas y sucias del trabajo, luego saco de su pequeño saco, unas cuantas monedas y se las dio, este las quiso rechazar con cortesía, pero el joven guerrero le apretó la mano y le rogó que se las quedara.

- Es muy poco, pero es lo único que tengo para agradecerte.

- Y es demasiado mi señor.

- Entonces aceptalo y el día que me necesites acude a mi ayuda, no sé en qué podría ayudarte, pero lo haré.

El herrero solo tenía palabras de agradecimiento, mientras los guerreros se alejaban lo saludaban con la mano, al cruzar la puerta no volvieron a mirar atrás.

Para salir de las mazmorras tendrían que subir nuevamente la escalera en espiral, los guardias los dejaron pasar y emprendieron su viaje hacia arriba, nunca habían sentido tanta necesidad de sentir el sol, hacia días que no lo leían. Al terminar el recorrido de la escalera abrieron por sobre sus cabezas una puerta enrejada que desembocaba al piso de arriba, salieron un largo túnel que rodeaba la Gran Arena donde ellos habían combatido y cruzaron la puerta final que daba a los grandes arcos que tenían las edificaciones de piedra, caminaron unos pasos hasta la calle que estaba atestada de vendedores y turistas, ya avanzada la mañana los comercios estaban iniciados y la gente iba y venía, los gritos parecían ensordecedores pero a diferencia de los que hacían oír cuando uno luchaba en la Gran Arena no era casi nada.

Se adentraron en la multitud, algunos los reconocían e intentaban detener para hablar con ellos, incluso un mercader les regalo una fruta jugosa a cada uno por sus grandiosos combates, siguieron caminando y doblaron en una esquina, siguieron derecho y sus ojos visualizaron la estatua de la Plaza Principal, allí donde el dios Rhidan se inmortalizaba en piedra tallada, en ese mismísimo lugar, había conocido a Hedor, combatido con él y hasta le había ganado, pero esa era historia pasada.

- Aquí se termina este viaje pequeño.
- Así es...
- Nos llevamos nuevas heridas y buenos recuerdos.

Ambos hicieron un silencio largo, pero Hedor decidió interrumpirlo.

- Si algún día vas a la Ciudad de Gisa, más te vale que me busques pequeño, aun Rayo de Luna y Dragón Negro no han probado sus filos.
- Tienes razón, prometo algún día visitarte y devolver unos cuantos golpes.

Las risas invadieron el aire y de un momento a otro callaron, sus rostros se tornaron serios, casi entristecidos.

- Hedor, te has convertido en un gran amigo para mí.

Orion extendió su brazo, llevaba en el un gran vendaje la herida no le había cicatrizado en su totalidad.

- Para mí, has sido como un hermano.

El Muro extendió el brazo contrario y ambos se tomaron los antebrazos, el apretón fue largo e intenso. Se soltaron y se dedicaron una gran sonrisa, luego Orion se dio media vuelta y comenzó a correr en dirección a una calle angosta.

- ¡Cuídate! - grito con fuerzas mientras se alejaba.

- ¡Tú también!... ¡Pequeño !

La gente se movía para dejarlo pasar, ya no volvió a mirar atrás, temía que la tristeza le invadiera más el corazón, a veces dejar partir a un amigo es mucho más difícil de lo que uno piensa. Una pequeña lágrima recorrió la mejilla del joven guerrero que rápidamente se la seco con el dorso de su mano, siguió avanzando en la misma dirección, dobló en una esquina y casi choca contra un carromato lleno de frutas, entre maldiciones del conductor y las disculpas de Orion el carro se fue alejando por la otra calle. Detuvo el paso un poco y se dedicó a caminar tranquilo, comenzó a pensar en todo lo que tendría para contarle a Mary, sabía que lo reprendería por todas esas heridas, le contaría a su amigo Joud sobre los combates que tuvo y lo cerca que estuvo de muchos guerreros formidables, hasta había conocido al ¡Rey William el "Demoledor de Piedra"! Todos se iban a alegrar de verlo en "El Paso" tenía muchas ganas de volver a su hogar, si bien había sonado mucho para estar donde estaba, hoy anhelaba con la misma intensidad descansar en su cama.

Llego a un callejón sin salida por tercera vez, debió de aceptar que estaba realmente perdido, dobló en la esquina y volvió a doblar en la próxima pero la gente se reducía y ni rastros de vendedores.

- Disculpe - le dijo a un hombre que caminaba tranquilamente, este lo reconoció casi instantáneamente y comenzó a alabarlo.

- Oh si usted es quien venció a Sir Samael, no puedo creer tener semejante honor, por cierto su espada es increíble, en las calles se rumorea que es un mago que incendió su espada para acabar con el ex campeón y que puede hacer que del cielo llueva el fuego de la verdad, usted señor debe de ser un gran Lord del castillo que jamas hemos oído hablar, oh por dios cuales son mis modales, si se tratara de un Lord no

debería de hablarle así, disculpe mi Lord.

El hombre estaba excesivamente excitado Orion tuvo que llevarle la corriente, si comenzaba a explicarle que no era ninguna clase de Lord llevaría una vida volver a su hogar.

- Disculpe, pero estoy buscando un caballo.

- Oh por supuesto si, si, ha encontrado a la persona indicada mi Lord, venga conmigo.

Orion lo siguió sin titubear caminaron hasta llegar a un pequeño establo en el medio de unas casas bajas que se encontraban en lo bajo de la Gran Ciudad, en el había caballos pastando unas hierbas verdes en un suelo completamente marrón, parecía que hacía mucho que el pasto no crecía allí. En cuanto se acercaron un viejo de cabellos blancos salió de entre la paja que había dentro del establo, llevaba un bastón y su postura encorvada hacía doler la cintura con solo mirarlo.

- ¿Que desean? - el viejo atendió de muy mala gana.

- Señor Thomas aquí nuestro Lord viene a comprar uno de sus caballos.

El viejo escupió en el piso, había desprecio en su cara.

- Cien monedas de oro.

- Pero señor Thomas... El joven es semi finalista en el Torneo del Rey.

Orion pensó que esta vez sería bueno solo cerrar la boca, aunque casi todo era mentira.

- Cien monedas de oro - dijo nuevamente tajante.

El joven guerrero reviso su pequeña bolsa llena de monedas y contó ciento cuatro monedas de plata.

- Solo tengo cien monedas de plata - mintió.

- Cien monedas de oro - parecía ser que era lo único que decía. De pronto la vista del viejo Thomas se desvió hacia Dragón Negro - Déjame ver esa espada - ordeno.

- No está en venta - Orion retrocedió un paso para evitar la mano arrugada del anciano.

- Si me la dejas ver, te daré al caballo.

- ¿Me dará el caballo sin cobrarme nada? ¿Cuál es el truco anciano?

- ¿Conoces al Clan del Martillo?

Los ojos de Orion se abrieron como platos al ver la marca que llevaba en el ante brazo aquel anciano, las siglas "M.I.D." Y un martillo de herrero, símbolo de aquel clan. El viejo había reconocido la espada tal vez era su creador pensó Orion. Saco la espada del cinturón y se la entrego con cautela sobre las manos, este la tomo y analizo cuidadosamente la empuñadura, un dedo arrugado y deformado por la edad rozo con su yema los ojos de Rubí de Dragón Negro, luego la desenvaino y sin sacarla del todo admiro su filo impecable.

- ¿Usted es Edemir Drielle? - se animó a preguntar Orion.

- Parece que conoces a su creador - hizo una pausa mientras seguía viendo la espada - pues no, no lo soy. Aunque he estado con el, fue un gran compañero en antiguas épocas que ahora son recuerdos y polvo.

Orion no supo que decir, pero sintió curiosidad por el anciano, no todos los días se veía a un miembro del Clan de los Martillos. El hombre que lo había llevado hasta allí, estaba boquiabierto no podía creer en donde

estaba metido, el joven guerrero había olvidado que estaba allí pero se percató de su presencia y le agradeció e incentivó su partida con unas cuantas monedas de plata, este quiso replicar y seguir presenciando ese momento, pero el anciano le dio una mirada amenazadora que lo hizo retractarse y volver por donde había venido.

- Por lo visto, si conoces a Edemir quiere decir que también conoces los secretos de la espada.

Orion asintió.

- Pues sí, el fuego la hace reaccionar, toma a las llamas como si fueran propias y en un corto periodo de tiempo se extingue sola.

- Conociéndolo es muy probable que la espada oculte más cosas que las que parecen ser. Era muy obstinado el maldito, verdaderamente no creía en torneos estúpidos como estos, desperdiciar una creación tan perfecta en una ridiculez como esta.

- Pero... Señor, Dragón Negro y yo, estamos conectados, lo siento cada vez que toco la empuñadura, os juro por los dioses.

- Los dioses son unos malditos niños mimamos, al igual que tu - el anciano parecía molesto, lleno de una furia que Orion no vio venir en ningún momento.

Por un segundo creyó que no le devolvería la espada, pero este la volvió a envainar y se la entregó nuevamente, se dio media vuelta y su ira parecía haberse desvanecido.

- Pero ¿qué puedo hacer yo? La espada ya te ha elegido. Pues dime, por tu fachada no eres ningún Lord, ¿hacia dónde te diriges?

- Voy a mi hogar, el pueblo de Wash.

- Muy lejos del Pico Infinito.

Reconoció instantáneamente a donde se refería el anciano, Pico Infinito era una montaña en forma de pico que se extendía desde los cinco Picos hasta el cielo, se dice que está custodiado por enormes bestias voladoras,

cazadores y amenazantes monstruos sombra. La montaña alberga todo tipo de peligros inimaginables, pero en el punto más alto, se encuentra el castillo que utilizan como cuartel general el Clan de los Héroes, también se dice, que escalar la montaña es la primera prueba para convertirte en Héroe, allí los miembros suben y bajan sin ningún tipo de problema.

- ¿Pico Infinito? ¿Qué tiene que ver en todo esto? - Orion parecía muy confuso al respecto.

- ¿No quieres saber sobre Edemir Drille? Pues ahí tendrás todas las respuestas sobre tu espada – emprendió viaje hacia su casa, no sin antes darse vuelta para comentar – Puedes tirar el pergamino.

- ¿Cómo sabía usted...?

- Lamento no haberme presentado antes, mi nombre es, Francis Thomas Glizz, herrero y miembro del Clan de los Martillos. No pensé que llegaría a conocerte Orion.

Giro a verlo mientras ensillaba uno de los caballos, era un semental de color marrón con las crines más oscura que su cuerpo, parecía un caballo rápido.

- Usted... Es el maestro del señor Trou.

- Así es...

- Muchas gracias por su servicio, por favor acepte...

- El caballo ya está listo - la voz del anciano sonó terminante.

- Pero...

- No me hagas cambiar de opinión.

Orion se enganchó a Dragón Negro en el cinturón y montó al caballo que se notó un poco inquieto.

- Gracias por todo, señor

- No olvides darle mis saludos.

El anciano golpeo la grupa del caballo y este inicio la marcha, se fue alejando del establo hasta perderse por las calles de la Gran Ciudad, Orion no supo entender que significaron las ultimas palabras del anciano, pero ya habría tiempo para meditar sobre esto, ahora solo quería volver a su hogar, descansar su mente, las cosas que habían sucedido en este viaje lo habían dejado agotado y las heridas de los combates le molestaban demasiado, la que más lo atormentaba era la de la palma de la mano, si bien el fuego de Dragón Negro le había quemado la piel y el corte se había entrecerrado, sentía el frio el acero morderle la piel y desgarrarle la carne.

El trote del caballo sonaba por la calles, la gente se hacía a un lado para dejarlo pasar, tras unas cuantas indicaciones, algunas calles sin salida, Orion encontró el camino hacia la puerta de salida, los carromatos llenos de mercadería seguían entrando, al igual que infinidades de mercaderes en busca de poder ganar unas cuantas monedas con las últimas instancias del torneo, en sentido contrario a toda esa marea de gente, frutas, verduras, animales de granja y exóticos, prostitutas, esclavos, bufones y teatros ambulantes, Orion con su caballo los dejaba atrás sin titubear, ya era hora de volver, la Gran Ciudad le había dado la bienvenida, lo había acogido en sus techos y se había bañado de gloria y sangre en su Gran Arena, el mismísimo Rey lo había felicitado, había vencido al ex campeón y recuperado el honor que le habían arrebatado, había sufrido grandes heridas, pero había ganado muchísimo más.

Los pensamientos le rondaron en la cabeza durante la mayor parte del viaje, una vez terminada la caravana, Orion se encontró cabalgando solo por el camino marcado entre la llanura, a lo lejos, el sol empezó a recostarse en el oeste, sintió un gran cansancio en el cuerpo, "seguramente por el veneno" pensó.

- Ya tendré tiempo para descansar.

Murmuro como si alguien podría oírlo, aunque no había nadie alrededor, tal vez quería darse ánimos a sí mismo, o solo necesito soltarlo en el viento, en cualquiera de los casos, se sintió más libre, más fuerte y hasta mucho más relajado. El camino se volvió largo y repetitivo, un árbol por aquí u otro por allá, algún relieve en los pastizales, que daban la impresión de un mar verde que se extendía a lo largo de los laterales y moría en la oscuridad del temprano atardecer, recordó que la ultima vez que recorrió ese camino, estaba todo oscuro y no logro ver nada, sobre todo, porque se había quedado dormido, pero de algo estaba seguro,

después de la primera curva que ya lograba visualizar, el pueblo de Wash empezó a mostrarse en el norte solo le faltaba un tramo para llegar a aquel lugar, miro el cielo y contemplo las primeras estrellas, calculo el tiempo y supo que para el anochecer estaría llegando.

El silencio invadió el ambiente, por algunos cuantos kilómetros, Orion no escucho ni vio pasar a ningún hombre, niño o mujer por aquel camino, le pareció raro, aquel lugar era muy transitado, incluso más aun, con las festividades que se realizaban el día siguiente en la Gran Ciudad, había pensado que tal vez le costaría avanzar por aquellos viajeros que se dirigían en dirección contraria, pero no era así, estaba solo, las herraduras contra el barro seco y el viento era lo único que se hacía oír en aquel lugar, el camino se volvió curvo, un pequeño cerro tapaba la visión, una vez dada la vuelta su hogar estaba más cerca y con el, el abrazo de una madre que extraño a su hijo y un hijo que extraño a su madre.

La vuelta pareció interminable, en ella se le fueron días, tal vez meses, intento apresurar solo un poco el paso, quería ver su pueblo, allí erguido, con las luces de las casas, acogidas por el calor y la luz de las antorchas, el cielo ya estaba totalmente poblado de estrellas en una oscuridad inmensa, aunque unas nubes intentaban amenazar con lluvias, Orion intento no hacerles caso, pero apresuro un poco más el paso, a su nariz le llego el olor a la madera quemándose, "deben ser viajeros", pensó,

"habrán encendido una hoguera" siguió el camino aproximándose al final de la curva, en ello se encontró con unos animales alborotados que se le cruzaron en el camino, el caballo relincho, tuvo que girar en si mismo y detenerse.

- ¿Que sucede?